

LA VUELTA AL MUNDO EN 80 DÍAS

Julio Verne

En 1872, en la casa número 7 de Saville-row, Burlington Gardens, habitaba Phileas Fogg, quien, a pesar de haber decidido no hacer nunca nada que llamara la atención, frecuentaba el Reform-Club de Londres, siendo uno de sus más ilustres clientes.

Este enigmático personaje, del que nada se sabía salvo que era un distinguido y elegante caballero de la alta sociedad, sin duda un inglés, aunque probablemente no londinense. Nunca se le vio en la Bolsa, ni en la Banca, ni en ninguno de los establecimientos de la City. Su nombre no figuraba en el colegio de abogados alguno, y tampoco se le conocía en la Audiencia del Canciller, en el Banco de la Reina, ni en el Tribunal Eclesiástico. No estaba relacionado al área industrial, no era financista, ni comerciante, ni agricultor. No pertenecía, en fin, a ninguna de las Sociedades que abundan en la capital de Inglaterra.

Phileas Fogg era miembro del Reform-Club, y nada más.

Si algún curioso preguntara por la presencia del gentleman en tan ilustre club, se le respondería que entró al él por recomendación de los hermanos Baring, en cuyo banco tenía su crédito abierto.

¿Era rico Phileas Fogg? Sin duda alguna. Pero nadie sabía cómo había hecho su fortuna. En todo caso, no era un derrochador. Nunca se le vio ofrecer cada rico banquete de benefactores, él que, y siempre que un hombre se enriquece honestamente, se prestaba a donar dinero, a veces incluso sin motivos.

En suma, era un hombre silencioso y poco comunicativo, rodeado por un halo de misterio.

¿Había viajado? Seguramente, ya que nadie conocía mejor que él el mapamundi. No había lugar por remoto que fuese, del que no pareciera tener un conocimiento especial.

Sin embargo, desde hacía muchos años, Phileas Fogg no había abandonado Londres. Su único pasatiempo era leer los periódicos y

jugar al whist. Pero, debemos señalar, el señor Fogg jugaba sólo por jugar, y no por ganar.

A Phileas Fogg no se le conocía ni mujer ni hijos, ni parientes y tampoco amigos. En su impenetrable casa vivía con un solo criado para realizar los servicios comunes. Almorzaba y cenaba a horas cronométricamente determinadas, y regresaba a su casa solo para acostarse, a la media noche en punto.

A pesar de que el servicio de la casa era muy limitado, Phileas Fogg exigía a su único criado una total puntualidad, regularidades extraordinarias. Aquel mismo día, el 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Foster, por el delito de haberle llevado el agua del afeitado a 84 grados Fahrenheit en lugar de 86, como acostumbraba; y estaba esperando a su sucesor, quien debía presentarse entre las once y once y media de la mañana, pues diariamente, al dar esa hora el reloj, él se encaminaba de inmediato hacia el Reform-Club.

En aquel momento llamaron a la puerta del saloncito en el que se encontraba Phileas Fogg. Foster, el despedido, anunció al nuevo criado y un muchacho de unos treinta años se asomó y saludó.

—¿Es usted francés y se llama John? —le preguntó Phileas Fogg.

—Jean, si no ofende al señor —respondió el recién llegado—. Jean Passepartout, un apodo que justifica mi aptitud natural para salir airoso de cualquier situación. Creo ser un hombre honrado, y debo decirle que he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, artista ecuestre de circo, profesor de gimnasia y sargento de bomberos. Pero hace cinco años me huí de Francia y, deseando probar la vida doméstica, soy valet de chambre en Inglaterra. Al saber que el señor Phileas Fogg era el hombre más puntual y sedentario del Reino Unido, me he presentado en la casa del señor con la esperanza de vivir tranquilo y olvidar, incluso, el nombre de Passepartout.

—Passepartout... me agrada —respondió el caballero—. Tengo muy buenos informes sobre usted. ¿Conoce mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. A partir de este momento, las once y veinticinco de la mañana de este miércoles, 2 de octubre de 1872, está usted a mi servicio.

Tras decir esto, Phileas Fogg se levantó, cogió su sombrero y desapareció sin decir una palabra.

Passepartout había examinado rápida pero cuidadosamente a su amo. Se trataba de un hombre que podría tener unos cuarenta años, de elevada estatura y de un hermoso y noble torso; ligeramente pasado de peso, cabello rubio y una dentadura magnífica. Su comportamiento sereno, efectivo y prudente, lo hacía tan perfecto como un cronómetro, pues era de esas personas matemáticamente exactas. No se permitía ni un gesto superfluo, ni una turbación, ni una emoción. No era un hombre apresurado, pero siempre llegaba a tiempo. Y por último, se comprendía que viviese solo.

En cuanto a Passepartout, era un buen chico, apacible y servicial; de fisonomía agradable, ojos azules y labios un poco salientes, dispuestos a saborear; el pecho ancho y la

musculatura vigorosamente desarrollada.

¿Sería Passepartout el criado profundamente exacto que Phileas Fogg necesitaba? No lo sabremos más que con el tiempo. El muchacho había tendido una vida muy vagabunda y aspiraba al reposo. En Inglaterra su tarea le volvía la espalda. Había pasado por diez casas diferentes. Le tomaban por caprichoso, desigual, aventurero o viajero. Un día, en esa existencia en gran regular que un romero fuera de temporada viajaba, le agradó sobremanera. Se presentó y fue admitido en las circunstancias que ya conocemos.

Passepartout ya había llegado las once veinticinco se encontró solo en la casa de Saville-row. Inmediatamente inició su inspección. La recorrió de la bodega al desván. Aquella casa limpia, arreglada, severa y bien organizada para el servicio, le agradó. Encontró su trabajo más fácil que se la estaba asignada, y allí, fijada en la pared, una nota con el programa del servicio cotidiano. Diferentes timbres eléctricos y tubos acústicos ponían en comunicación los cuartos del entresuelo y del primer piso. Sobre la chimenea, un reloj eléctrico comunicaba con el reloj del dormitorio de su amo, y ambos aparatos marcaban en el mismo instante

el mismo segundo. Passepartout se frotó las manos y murmuró con alegría:

—¡Esto me gusta! ¡Esto es lo que yo quería! ¡El señor Fogg y yo nos entenderemos perfectamente! ¡Una máquina! ¡Pues bien, no me desagrada servir a una máquina!

Phileas Fogg salió de su casa de Saville-row a las once y media, y luego de haber puesto diecisiete guantes setenta y cinco veces su pie derecho delante de su pie izquierdo, llegó al Reform-Club, un ostentoso edificio construido en la calle Pall Mall.

Phileas Fogg se dirigió inmediatamente al comedor. Allí se instaló en su mesa habitual, que ya estaba puesta. Su almuerzo consistió en unos entremeses, un pescado hervido acompañado de salsas, un rosbif “al punto” con legumbres, un pastel relleno de ruibarbo y grosellas verdes y un pedazo de queso, todo ello regado con unas tazas de un té excelente, que solía seleccionar en el Reform-Club.

A las doce y cuarenta y siete, el caballero se levantó de la mesa y se dirigió hacia el gran salón. Allí en un círculo se leía el Times. La lectura de ese usual periódico entretuvo a Phileas Fogg justo hasta las tres y cuarenta y cinco, y la del Standard -con el cual culminó- duró hasta la cena. La comida la hizo en las mismas condiciones que el almuerzo.

A las seis menos veinte el caballero, con el gran salón, donde se concentró en la lectura del Morning Chronicle.

Media hora más tarde, llegaron varios miembros del Reform-Club; sus expresiones se agriaron al clima de la sala que ardía un fuego de carbón. Se trataba de los compañeros de juego habituales del señor Fogg, y como él, eran jugadores de whist: el ingeniero Andrew Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Fallentin, el hombre de leyes Thomas Flanagan, y Gauthier Ralph, uno de los más sonoros dueños del Banco de Inglaterra. Todos eran personajes ricos y considerados, como lo era aquel club, que contaba entre sus miembros con lo mejor de la industria y las finanzas.

—Bueno, Ralph —preguntó Flanagan—, ¿qué hay del asunto del robo?

—El Banco perderá su dinero —dijo Stuart.

—Yo creo, por el contrario —dijo Ralph—, que atraparemos al autor del robo. Se ha enviado a los más hábiles inspectores de policía de América y Europa. A ese señor le va a resultar muy difícil escapar.

—¿Acaso tienen, entonces, la descripción del ladrón? —preguntó Stuart.

—Para empezar, no se trata de un ladrón —respondió Ralph con gran seriedad.

—El *Morning Chronicle* asegura que es un gentleman.

Quien habló no era otro que Phileas Fogg, cuya cabeza emergía en esos momentos de un mar de papeles amontonados a su alrededor.

El hecho sobre el que todos los periódicos del Reino Unido discutían ardorosamente, había ocurrido tres días antes, el 29 de septiembre. Un fajo de billetes de banco, que alcanzaba la enorme suma de cincuenta y cinco mil libras, fue sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

Quien se sorprenda de que el robo hubiese podido realizarse con tanta facilidad, debe pensar en que aquel admirable establecimiento, el Banco de Inglaterra, parece preocuparse extremadamente por la dignidad de su público. Ni un guardia, ni una reja se ven en el lugar. El oro, la plata y los billetes están expuestos libremente, por así decirlo, a la vista del primero que llegue. Nunca se han atrevido a sospechar de la honorabilidad de sus clientes.

Pero el 29 de septiembre los hechos indicaron que un fajo de billetes con cincuenta y cinco mil libras había desaparecido de los cofres del Banco. Debidamente reconocido el robo, los más perspicaces agentes detectives fueron enviados a los principales puertos: a Liverpool, a Glasgow, al Havre, a Suez, a Brindisi, a Nueva York, etcétera, con la promesa de que, en caso de éxito, recibirían una recompensa de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que fuese recuperada.

Ahora bien, se tenía la sospecha —así lo decía el *Morning Chronicle*— que el autor del robo no pertenecía a ninguna de las sociedades de ladrones existentes en Inglaterra. Durante aquella jornada del 29 de septiembre, se vio a un caballero, elegante, de buenos modales y aire

distinguido, ir y venir por la sala de pagos, escenario del robo. Indagaciones hechas entre los testigos, permitieron describir con bastante exactitud las señas de aquel caballero, las que fueron remitidas a todos los detectives del Reino Unido y del continente.

Como es de suponer, el hecho acaparaba la atención en Londres y en toda Inglaterra. Se discutía acaloradamente las posibilidades de éxito o fracaso de la policía metropolitana. No debe extrañar, pues, que los miembros del Reform-Club se ocuparan del mismo tema, sobre todo cuando uno de los subgerentes del Banco se encontraba entre ellos.

Aún se hablaba del suceso cuando los caballeros fueron a sentarse para comenzar la partida de whist. Durante el juego, entre cada pausa se reanudaba animadamente la conversación.

—Sostengo —dijo Stuart— que la suerte está a favor del ladrón, el cual es sin duda un individuo muy hábil.

—¡Pero, hombre! —contestó Ralph—. No hay un solo país donde pueda refugiarse.

—¿Adónde quiere usted que vaya?

—No lo sé —respondió Andrew Stuart—, la Tierra es bastante grande.

—Lo fue en otro tiempo... —dijo a media voz Phileas Fogg, y añadió— : Le toca a usted cortar —al tiempo que repartía cartas a Flanagan.

—¿Cómo que en otro tiempo? ¿Acaso la Tierra ha disminuido de tamaño?

—Sin duda alguna —respondió Ralph—. Opino igual que el señor Fogg. La Tierra ha disminuido de tamaño, puesto que actualmente puede recorrerse diez veces más rápido que hace cien años. Y eso, en este caso particular, hará la investigación más rápida.

—¡Y también ayudará a escapar al ladrón!

—A usted le toca jugar, señor Stuart —dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido; apenas acabó la jugada dijo:

—Así es que ahora se puede dar la vuelta al mundo en tres meses...

—En sólo ochenta días —precisó Phileas Fogg.

—En efecto, señores —añadió Sullivan—, en ochenta días desde que se ha abierto la sección entre Rothal y Allahabad del Great Indian Peninsular railway. Aquí tengo el cálculo establecido por el *Morning Chronicle*:

- De Londres a Suez, por el Monte Cenis y Brindisi, por ferrocarril y en paquebote **7 días**
- De Suez a Bombay, en paquebote **13 días**
- De Bombay a Calcuta, por ferrocarril **3 días**
- De Calcuta a Hong Kong (China), en paquebote **13 días**
- De Hong Kong a Yokohama (Japón), en paquebote **6 días**
- De Yokohama a San Francisco, en paquebote **22 días**
- De San Francisco a Nueva York, por ferrocarril **7 días**
- De Nueva York a Londres, en paquebote y ferrocarril **9 días**
- **TOTAL** **80 Días**

—Sí, ochenta días —exclamó Stuart—, pero sin tomar en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etcétera.

—Todo incluido —replicó Phileas Fogg, mientras continuaba jugando, pues aquella vez la discusión no respetaba ni el whist.

—¿Incluso si los hindúes o los indios arrancan los rieles? —exclamó Stuart—. ¿Si detienen los trenes, saquean los vagones y pelean contra los viajeros?

—Todo incluido —respondió Phileas Fogg.

—Me gustaría verlo.

—Sólo depende de usted. Viajemos juntos.

—¡Líbreme el cielo! —exclamó Stuart—. Pero apostaré cuatro mil libras a que ese viaje, realizado en esas condiciones, no es posible.

—Por el contrario, es más que posible —contestó inmediatamente Fogg.

—¡Muy bien, pues hágalo usted!

—¿La vuelta al mundo en ochenta días?

—Sí.

—De acuerdo.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente.

—¡Eso es una locura! —dijo Stuart, quien comenzaba a sentirse molesto por la insistencia de su compañero—. ¡Es mejor que sigamos jugando!

—Entonces vuelva a repartir las cartas —señaló Phileas Fogg—. Porque lo ha hecho mal.

Stuart recogió las cartas coléricamente y de pronto, dejándolas sobre la mesa, exclamó:

—¡Pues bien, sí, señor Fogg, sí! Apuesto cuatro mil libras...

—Mi querido Stuart —dijo Fallentin; cálmese usted. No se trata de algo en serio.

—Cuando digo que apuesto —respondió Stuart—, lo hago siempre en serio.

—¡Adelante! —aceptó Fogg—. Tengo veinte mil libras depositadas en el Banco de los hermanos Baring. Estoy dispuesto a arriesgarlas...

—¡Veinte mil libras! —exclamó Sullivan—. ¡Veinte mil estupendas libras que usted puede perder por cualquier atraso imprevisto!

—Esto parece una broma.

—Un buen inglés no bromea cuando se trata de algo tan serio como una apuesta —dijo Phileas Fogg—. Apuesto veinte mil libras, ni una menos, a que daré la vuelta al mundo en ochenta días; o en menos, es decir, en mil novecientas veinte horas, o en ciento quince mil doscientos minutos. ¿Aceptan ustedes?

—¡Aceptado! —exclamaron Stuart, Fallentin, Sullivan, Flanagan y Ralph, después de haberse consultado.

—Bien —dijo Fogg—. El tren de Dover sale a las ocho cuarenta y cinco. Lo cogeré.

—¿Esta misma noche? —preguntó Stuart.

—¡Esta misma noche! —respondió Fogg. Por tanto —añadió, mientras consultaba su calendario de bolsillo—, como hoy es miércoles 2 de octubre, debería estar de regreso en Londres, en este mismo salón del Reform-Club, el sábado 21 de diciembre, a las ocho cuarenta y cinco de la noche, si no lo logro, las veinte mil libras depositadas actualmente en mi cuenta, en el Banco de los hermanos Baring, les pertenecerán de hecho y de derecho, señores. Aquí tienen un cheque por esa suma.

Levantaron acta de la apuesta, la que fue firmada de inmediato por los seis interesados. Phileas Fogg estaba tranquilo. Acababan de ser las siete de la tarde. Los caballeros decidieron suspender la partida de whist, a fin de que Fogg pudiera hacer sus preparativos para el viaje, lo que el gentleman aceptó.

Se dispuso que el haber ganado una veintena de guineas jugando al whist, Phileas Fogg abría la puerta de su casa en Saville-row a las siete y media. Pasepartout, que estaba ya en el estudio del caballero, esperaba su programa, que sorprendió al escucharlo ver que el señor Fogg aparecía de vuelta tan pronto. Ni él ni ningún otro de los habitantes de Saville-row no lo debían regresar hasta una pocas cuantas doce de la noche.

Phileas Fogg pasó al dormitorio y llamó a su criado.

Este no respondió. Aquella llamada no podía ser dirigida a él. No era la hora adecuada. El señor Fogg volvió a llamarlo llamó sin alzar la voz y Passepartout se presentó.

—¡Es la segunda vez que lo llamo! —observó el señor Fogg.

—Pero aún no son las doce —respondió Passepartout, reloj en mano.

—Lo sé —prosiguió Phileas Fogg—, y no lo cuestiono. Salimos dentro de diez minutos hacia Dover y Calais.

—¿El señor viaja? —preguntó.

—Sí —respondió Phileas Fogg—. Vamos a dar la vuelta al mundo.

Passepartout, con los ojos desmesuradamente abiertos, presentaba todos los síntomas del asombro rayando en el desvarío.

—¡La vuelta al mundo! —murmuró.

—En ochenta días —respondió el señor Fogg—. Así es que no tenemos ni un instante que perder.

—¿Pero y las maletas...? —preguntó Passepartout, anonadado.

—Nada de maletas. Sólo un bolso de viaje. Ponga adentro dos camisas de lana y tres pares de medias; y también algunas para usted, compraremos lo que sea necesario en el camino. Baje mi “mackintosh” y mi manta de viaje. Lleve buenos zapatos. Aunque caminaremos poco o nada, ¡vamos!

Passepartout habría querido responderle. No pudo. Salió del dormitorio del señor Fogg, subió al suyo y se desplomó sobre una silla.

—¡Esta sí que es buena! ¡Y yo que quería tranquilidad...!

A las ocho, Passepartout tenía preparado el modesto bolso que contenía su guardarropa y el de su amo. Aún con el espíritu todavía turbado, salió de su dormitorio, cuya puerta cerró con todo cuidado, y se reunió con el señor Fogg.

El señor Fogg ya estaba dispuesto. Llevaba bajo su brazo el *"Itinerario de trenes y vapores continentales y guía general de Bradshaw"*, que le suministraría todas las indicaciones necesarias para el viaje. Tomó el bolso de las manos de Passepartout, lo abrió, y metió en él un abultado fajo de billetes de banco, que sirven en todos los países. Luego devolvió el bolso a Passepartout.

—Tenga mucho cuidado con él —añadió—. Dentro hay veinte mil libras.

Passepartout estuvo a punto de dejar caer el bolso, como si las veinte mil libras fueran de oro y pesaran considerablemente.

El amo y el criado descendieron entonces, y cerraron la puerta de la calle con doble vuelta de llave. Luego caminaron, ni es que corrieran, en dirección a la estación de coches de alquiler al final de Saville-row.

A las ocho y veinte el coche se detuvo delante de la entrada de la estación. Passepartout saltó a tierra. Su amo lo siguió y pagó al cochero.

En aquel momento, una pobre mendiga, que llevaba un niño en la de mano, con los pies descalzos sobre el lodo, cubierta con un chal hecho pedazos sobre su harapienta ropa, se acercó al señor Fogg y le pidió una limosna.

El señor Fogg sacó de su bolsillo las veinte guineas ganadas en el whist, y se las ofreció a la mendiga.

—Tome buena mujer —le dijo—, me alegro de haberme encontrado usted.

Y siguió su camino.

Passepartout tuvo como una sensación de humedad alrededor de sus pupilas. Su amo había dado un paso en su corazón.

El señor Fogg y él entraron rápidamente en la gran sala de la estación. Una vez allí, Phileas Fogg dio a Passepartout la orden de adquirir dos billetes de primera clase para París. Después, al darse la vuelta, vio a sus cinco colegas del Reform-Club.

—Señores, me voy —les dijo—. Los diferentes timbres de visas puestos sobre mi pasaporte, les permitirán a ustedes comprobar mi itinerario cuando regrese.

—¡Oh, señor Fogg! —respondió cortésmente Ralph—, eso es innecesario. ¡Confiamos plenamente en su honor de caballero!

—No olvide usted que tendrá que regresar... —señaló Stuart.

—Dentro de ochenta días —respondió el señor Fogg—, el sábado 21 de diciembre de 1872, a las ocho horas cuarenta y cinco minutos de la noche. Adiós, señores.

A las ocho cuarenta, Phileas Fogg y su criado se instalaron en el compartimiento del tren; y a las ocho cuarenta y cinco, con el silbido, se pusieron en marcha. La noche estaba oscura. Caía una lluvia ligera. Pero cuando el tren todavía no había pasado por Sydenham, Passepartout lanzó un grito de desesperación.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el señor Fogg.

—Pues... que... en mi precipitación... con la emoción he olvidado...

—¿Qué cosa?

—¡Apagar el farol de gas de mi habitación!

—Pues bien, muchacho —dijo fríamente el señor Fogg—, arderá hasta que se extinga.

Cuando partió de Londres, Phileas Fogg no sospechaba la conmoción que iba a provocar su viaje. La noticia de la apuesta se extendió, primero, por el Reform-Club; pasó luego a los periódicos a través de los reporteros; y de los periódicos al público de Londres y de todo el Reino Unido.

El Times, el Standard, el Evening Star, el Morning Chronicle y otra veintena de periódicos de gran circulación se declararon contra el señor Fogg. Tan sólo el Daily Telegraph lo defendió, en cierta medida. Phileas Fogg fue descrito como un maniaco y loco, y a sus colegas del Reform-Club se les criticó por haber aceptado aquella apuesta que ponía en evidencia las trastocadas facultades mentales de su autor.

Aparecieron artículos extremadamente apasionados, pero lógicos, sobre el tema. Bien sabido es el interés que provoca en Inglaterra todo lo concerniente a la geografía.

En efecto, el 7 de octubre apareció un extenso artículo en el Boletín de la Real Sociedad de Geografía. Trató el tema desde todos los puntos de vista, y demostró claramente la locura de la empresa. Después de aquel artículo, todo estaba contra el viajero, tanto los obstáculos humanos como los obstáculos de la naturaleza. Para tener éxito en tal aventura habría que admitir una concordancia milagrosa de los horarios de salida y de llegada, concordancia que no existía. En Europa donde las distancias son más bien cortas, se puede contar con la llegada de los

descripción había sido suministrada por los testigos del robo. En el club, se especuló sobre su misteriosa existencia, su aislamiento, su inesperada marcha, y pareció evidente que aquel personaje, con el pretexto de un viaje alrededor del mundo, por una apuesta insensata, no tenía otra idea que la de despistar a los agentes de policía inglesa.

El miércoles 9 de octubre, a las once de la mañana, se esperaba en Suez al buque *Mongolia* de la Compañía Peninsular y Oriental; un vapor de hierro, a hélice, que desplazaba dos mil ochocientas toneladas y que poseía una potencia de quinientos caballos. El *Mongolia* realizaba regularmente la travesía de Brindisi a Bombay pasando por el canal de Suez. Se trataba de uno de los barcos más rápidos de la compañía, de aquellos a los que siempre se les permite superar la velocidad reglamentaria.

Mientras esperaban la llegada del buque, dos hombres se paseaban por el muelle, el uno era un agente de aduanas, el otro era el inspector de policía de Suez, encargado de recibir una gran obra del señor Lessens.

De aquellos dos hombres, uno era el agente consular del Reino Unido, establecido en Suez, quien veía cada día a los navíos ingleses atravesar aquel canal, y con ello reducir a la mitad el tiempo de viaje que toma la ruta de Inglaterra a las India por el cabo de Buena Esperanza.

Fix era un hombrecito delgado, con un rostro inteligente, nervioso, que contraía con notable persistencia sus párpados. A través de sus largas pestañas brillaban ojos muy vivos, pero cuyo ardor sabía controlar perfectamente.

Aquel hombre se llamaba Fix, y era uno de los “detectives” ingleses que fueron enviados a los diferentes puertos, después del robo cometido en el Banco de Inglaterra.

Precisamente dos días antes Fix recibió del director de la policía metropolitana la descripción del presunto autor del robo. El detective, muy seducido por la fuerte recompensa prometida en caso de éxito, esperaba, pues, con impaciencia la llegada del *Mongolia*.

—¿Y dice usted, señor cónsul —preguntó por décima vez—, que ese barco no puede tardar?

—No, señor Fix —respondió el cónsul—. Fue visto ayer a lo largo de Port-Said, y los ciento sesenta kilómetros del canal no son nada para ese inmenso buque.

—¿Y viene directamente de Brindisi? —preguntó Fix.

—Exactamente desde Brindisi, donde ha recogido el correo de las Indias y desde donde zarpó el sábado a las cinco de la tarde. Así es que tenga usted paciencia. Pero lo que no comprendo es cómo, con la descripción que ha recibido, podrá reconocer a ese hombre, si es que se encuentra a bordo del *Mongolia*.

—Señor cónsul —respondió Fix—, a esa clase de personas más que reconocerlas se las huele. Es olfato el que hay que tener, y el olfato es como un sentido especial en el que entran la intuición, la vista y el olor. Le prometo que si ese ladrón se aparece caerá en mis manos.

—¡Ojalá así sea, señor Fix, puesto que se trata de un robo importante.

—¡Un robo magnífico! —respondió el agente entusiasmado—. ¡Cincuenta y cinco mil libras! ¡Ya no se hacen robos de este tipo! ¡Los ladrones se están haciendo mezquinos!

—Señor Fix —respondió el cónsul—, habla usted de tal forma que le deseo encarecidamente el mayor de los éxitos; pero me temo que será bastante difícil. Sabe usted perfectamente que, de acuerdo con la descripción que ha recibido, el ladrón puede confundirse con cualquier hombre honrado.

—Señor cónsul —respondió dogmáticamente el inspector de policía—, los grandes ladrones siempre parecen personas honradas. Trabajo difícil, estoy de acuerdo, pero esto de ser detective no es una profesión, sino un arte.

Se ve que el llamado Fix no carecía de cierta dosis de amor propio.

Mientras tanto, el muelle iba cobrando animación. Marineros de diferentes nacionalidades, comerciantes, corredores de corredores, cargadores y campesinos iban afluyendo. La llegada del buque evidentemente se realizaría pronto.

Mientras pasaba entre aquella muchedumbre, Fix, por hábito profesional, estudiaba a los asistentes con rápidas miradas. Pronto, sin embargo, unos agudos pitos anunciaron la llegada del *Mongolia*. Toda la horda de cargadores y campesinos se precipitó sobre el muelle en un tumulto bastante inquietante. Una decena de falúas se apartó de la orilla y salió al encuentro del *Mongolia*.

Muy pronto pudo verse el gigantesco casco del barco pasando entre ambas orillas del canal mientras el vapor salía ruidosamente por los tubos de escape.

Los pasajeros eran bastante numerosos a bordo. Algunos de ellos continuaron sobre el entrepunte, contemplando el pintoresco panorama de la ciudad; pero la mayor parte desembarcó en las falúas que abordaron al *Mongolia*.

Fix examinaba escrupulosamente a todos cuantos ponían el pie sobre el muelle. En aquel momento, uno de ellos, que se le acercó después de haberse librado vigorosamente de los campesinos, y le preguntó muy cortésmente si podía indicarle dónde se encontraban las oficinas del agente consular inglés. Y, al mismo tiempo, aquel pasajero mostraba un pasaporte sobre el que sin duda alguna deseaba que se le pusiera el visado británico.

Fix cogió el pasaporte instintivamente y, de una rápida ojeada, lo examinó. La hoja tembló entre sus manos. La foto que aparecía allí era idéntica a la descripción que había recibido del director de la policía metropolitana.

—Este pasaporte no es el suyo —dijo al pasajero.

—No —respondió aquél—, es el pasaporte de mi señor.

—¿Y dónde está su señor?

—Se ha quedado a bordo.

—Pero —prosiguió el agente— es necesario que se presente personalmente en las oficinas consulares a fin de establecer su identidad. Es indispensable.

—¿Y dónde están esas oficinas?

—Ahí, en la esquina de la plaza —respondió el inspector, al tiempo que indicaba una casa situada a unos doscientos pasos.

—Entonces voy a buscar a mi señor, aunque estoy seguro que le disgustará tener que ocuparse de estos asuntos él mismo.

Y, dicho esto, el pasajero se despidió de Fix y regresó a bordo del vapor.

El inspector corrió al muelle y se dirigió hacia las oficinas consulares. Inmediatamente, y ante lo apremiante de su petición, fue conducido ante el cónsul.

—Señor cónsul —le dijo sin preámbulos—, tengo fuertes motivos para pensar que nuestro hombre se encuentra a bordo del *Mongolia*.

Y Fix le contó lo ocurrido entre él y el criado con respecto al pasaporte.

—Bien, señor Fix —respondió el cónsul—, no me disgustaría verle la cara a ese pillo. Pero tal vez no se presente en mi oficina, pues el timbre en el pasaporte ya no es una formalidad obligatoria.

—Señor cónsul —le respondió el agente—, si se trata de un hombre inteligente, vendrá.

—¿Para hacer visiar su pasaporte?

—Sí. Los pasaportes no sirven para otra cosa más que para molestar a las personas honradas y favorecer la huida de los pillos. Aunque ese forajido este estará en regla, espero que usted no le ponga el visado...

—¿Y por qué no? Si el pasaporte está en regla —respondió el cónsul—, no tengo ningún derecho a negarle el visado.

—Señor cónsul, necesito retener aquí a ese hombre, al menos hasta que llegue recado de Londres orden de detención.

—Ah. Eso, señor Fix, es asunto suyo —le respondió el cónsul—; pero yo no puedo...

El cónsul no acabó su frase. En aquel momento llamaron a la puerta de su despacho, y el secretario introdujo dos extranjeros. Eran, en efecto, amo y criado. El amo presentó su pasaporte, rogando al cónsul, sin más preámbulos, que estampara su visa.

—¿Es usted Phileas Fogg? —preguntó el cónsul después de examinar el pasaporte.

—Sí, señor —respondió el gentleman.

—¿Y este hombre es su criado?

—Sí. Un francés llamado Passepartout.

—¿Viene usted de Londres?

—Sí.

—¿Y adónde va? -A Bombay.

—Bien, señor. ¿Sabía usted que esta formalidad del visado es inútil, y que ya no exigimos la presentación de pasaporte?

—Lo sé, señor —respondió Phileas Fogg—, pero necesito el visado para dejar constancia de mi paso por Suez.

—Como usted quiera.

Y el cónsul selló el pasaporte, después de haberlo firmado y fechado. El señor Fogg pagó los derechos de visado y, después de haber saludado fríamente, salió seguido de su criado.

—¿Qué le parece? —preguntó el inspector.

—Me parece —respondió el cónsul— que se ve como un hombre perfectamente honrado.

—Es posible... pero sé qué hacer —respondió Fix—. El criado parece mucho más accesible que su amo. Además, trataré de seguirles, no podrá mantener la boca cerrada. Hasta pronto, señor cónsul.

Dicho esto, el oficial se despidió y salió de Passepartout. Mientras tanto, el señor Fogg se alejaba con su criado de las dependencias consulares, y el señor Fogg se dirigió al muelle. Allí dio algunas instrucciones a su criado; luego regresó a bordo del *Mongolia*, y se metió en su camarote. Entonces cogió su agenda, en la que aparecían las siguientes anotaciones:

—“Salida de Londres, el miércoles 2 de octubre, a las 8.45 de la tarde. Llegada a París, el jueves tres de octubre, a las 7.20 de la mañana.

Salida de París, el jueves, a las 8.40 de la mañana. Llegada a Turín, por el Monte Cenis, el viernes cuatro de octubre, a las 6.35 de la mañana. Salida de Turín, el viernes, o sea, el mismo día cuatro, a las 7.20 de la mañana. Llegada a Brindisi, el sábado cinco de octubre, a las 4 de la tarde. Embarcado a bordo del vapor *Mongolia*, el sábado, a las 5 de la tarde. Llegada a Suez, el miércoles nueve de octubre, a las 11 de la mañana. Total de horas invertidas: ciento cincuenta y ocho y media; es decir, seis días y medio”.

El señor Fogg había escrito aquellos datos sobre un itinerario dispuesto por columnas, que indicaban -desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre- el mes, el día de la semana, la fecha, las llegadas ideales y las efectivas en cada escala principal, lo que le permitía calcular las ventajas obtenidas o las pérdidas sufridas en cada lugar del recorrido. Aquel método itinerario lo tenía todo en cuenta, y permitía al señor Fogg saber en todo momento si iba o adelantado o con retraso. Marchas pues, según su plan, el miércoles 9 de octubre, llegaba a Suez que, al coincidir con la fecha prevista, no le daba ni ventaja ni retraso alguno.

Después mandó a que le sirvieran el desayuno en su camarote. Y, en cuanto a una visita a la ciudad, ni se le pasó por la imaginación, pues pertenecía a esa raza de ingleses que delegan en sus criados la visita de los países en los que se encuentran.

Así, Passepartout fue alcanzado en el muelle por el señor Fix en pocos instantes.

—¿Contemplando el paisaje?

—Sí. Pero vamos tan rápido, que me parece que viajo en un sueño. ¿Así es que estamos en Suez?

—En Egipto, en África.

—¡En África! —repitió Passepartout—. No puedo creerlo. Imagínese usted, señor, que yo creía que no llegaríamos más allá de París, y tan sólo hemos estado en esa magnífica capital de las siete y veinte hasta las ocho y cuarenta de la mañana, el tiempo justo para ir de la estación del Norte hasta la de Lyon, y no hemos podido ver la capital más que a

través de los cristales de un carruaje y bajo una lluvia torrencial. ¡Cuánto lo siento! ¡Me hubiese gustado ver el Père-Lachaise y el Circo de los Campos Elíseos!

—¿Tanto apuro tienen? —preguntó el inspector de policía.

—Yo, no, pero mi señor sí. A propósito, necesito ir a comprar calcetines y camisas. Hemos partido sin ningún equipaje, tan sólo con un bolso de viaje...

—Todo se lo conducirá a un bazar, donde podrá usted encontrar todo lo que necesita.

—Señor —respondió Passepartout—, es usted muy amable...

Y ambos se pusieron en camino. Passepartout no dejaba de hablar.

—Tiene usted todo el tiempo que necesite —respondió Fix—, todavía no son más que las doce.

Passepartout sacó su abultado reloj.

—¿Las doce? —dijo—. ¡Vamos! Son las nueve y cincuenta y dos minutos.

—Su reloj se atrasa —respondió Fix.

—¡Mi reloj! ¡Un reloj de familia, que era de mi bisabuelo! ¡No varía ni cinco minutos al año! ¡Es un auténtico cronómetro!

—Ya comprendo lo que ocurre —respondió Fix—. Usted conserva la hora de Londres, que tiene dos horas de retraso con respecto a Suez. Tendrá que acordarse de ponerlo al día en cada país.

—¿Yo? ¿Tocar mi reloj? —exclamó Passepartout—. ¡Nunca!

—Bueno, pues entonces no irá usted de acuerdo con la hora solar.

—¡Peor para el sol, señor! ¡Será el culpable! —Y el buen muchacho volvió a meter su reloj en el chaleco con un gesto soberbio.

Unos instantes después, Fix le dijo:

—Parece impaciente. ¿Viene con tanta prisa?

—¡Imagínese! ¡Adelante! Da la vuelta al mundo y no se detiene ni un instante. Va en línea recta. Quema los barcos, los trenes, no lo creo. Eso no impide que esté muy serio.

—¡Ah! ¿Es un extravagante ese señor Fogg?

—Eso creo. Además, lleva una gran cantidad de dinero

con él, en billetes de banco nuevecitos. Y no ahorra nada por el camino. ¡Ha prometido una magnífica recompensa al maquinista del *Mongolia* si llegamos a Bombay con adelanto!

—¿Y usted conoce hace mucho a su amo?

—¿Yo? —respondió Passepartout—. Entré a su servicio el mismo día de nuestra partida.

Podemos imaginarnos fácilmente el efecto que aquellas respuestas debieron producir sobre el ánimo ya sobreexcitado del inspector de policía. Consiguió que el francés siguiera hablando y pronto tuvo la certeza de que Phileas Fogg no desembarcaría en Suez y de que iba realmente a Bombay.

Dejó entonces que su compañero hiciese sus compras, y regresó a toda prisa a las oficinas del agente consular.

—Señor —dijo al cónsul—, no tengo ninguna duda. Éste es el hombre. Se hace pasar por un excéntrico que quiere dar la vuelta al mundo en ochenta días.

—¿Está usted seguro de no equivocarse? —preguntó una vez más el cónsul.

—Yo no me equivoco.

Y en unas cuantas palabras le explicó los puntos más sobresalientes de su conversación con el criado del señor Fogg.

—En efecto —reconoció el cónsul—, todas las presunciones están contra ese hombre. ¿Qué va usted a hacer?

—Enviar un telegrama a Londres con la petición de que remitan una orden de detención a Bombay; embarcar en el *Mongolia* y seguir a mi

ladrón hasta las Indias, y, allí en cuanto reciba la orden, abordarlo amablemente, invitarlo a que me detenga, y conducirme con él.

Después de aquellas palabras, pronunciadas con toda frialdad, el agente se despidió del cónsul y fue a la oficina de telégrafos. Desde allí envió al director de la policía metropolitana el telegrama que ya conocemos.

Un cuarto de hora más tarde, Fix, bien provisto de dinero, se embarcaba a bordo del *Mongolia* que navegaba a toda marcha por las aguas del mar Rojo.

La distancia entre Suez y Adén es exactamente de mil trescientas diez millas, y la oficina de buques concedía a los suyos unas ciento treinta y ocho horas para recorrerlas. El *Mongolia*, cuyas calderas iban a todo vapor, intentaba reducir este tiempo.

La mayor parte de los pasajeros embarcados en Brindisi tenían la India como punto de destino. Algunos iban a Bombay, otros a Calcuta, pero vía Bombay, ya que, desde que un ferrocarril atravesaba en toda su anchura la península indostánica, se hacía innecesario bajar por mar hasta Ceilán.

Entre los pasajeros del *Mongolia* había varios funcionarios civiles y oficiales del ejército de todas las graduaciones. Junto a ellos, habían mezclados algunos jóvenes ingleses que, con medio millón en el bolsillo, iban a fundar allá lejos establecimientos comerciales. La vida a bordo era agradable: tenía un buen servicio de casino y hasta se tocaba música y se podía bailar si las condiciones lo permitían. Pero el mar Rojo era caprichoso y muy frecuentemente violento, igual que todos los golfos estrechos y largos. Cuando el viento soplaba ya, de la costa de Asia, ya de la costa de África, el *Mongolia*, largo buque propulsado de hélice, se movía penosamente.

¿Qué hacía Phileas Fogg mientras tanto? Se podría

pensar que se preocupaba de los cambios de viento perjudiciales a la marcha del navío, o de las posibles averías que, obligando al *Mongolia* a anclar en cualquier puerto, hubiesen puesto en peligro su viaje.

En absoluto, o al menos, si aquel caballero pensaba en dichas posibilidades, no lo aparentaba. Era el hombre impasible de siempre. No parecía más emocionado que los cronómetros de a bordo. Rara vez se le veía sobre el puente. No se molestaba en observar aquel mar Rojo, tan fecundo en recuerdos, aquel teatro de las primeras escenas históricas de la humanidad. No salía a contemplar las curiosas villas que se esparcían por sus orillas y cuyas pintorescas siluetas se recortaban en ocasiones en el horizonte.

¿Qué hacía, pues, aquel hombre singular, encerrado en el *Mongolia*? En primer lugar, tomaba sus cuatro comidas diarias, sin que balancicos ni cabeceos pudiesen descomponer una máquina tan maravillosamente organizada. Y, además, jugaba al whist.

¡Sí! Había encontrado compañeros de juego, y tan empedernidos como él: un recaudador de impuestos, un ministro, el reverendo Décimus Smith, y un brigadier general del ejército inglés, que se reunía con su cuerpo de ejército en Benares. Aquellos tres pasajeros sentían por el whist la misma pasión que el señor Fogg, y lo jugaban durante horas y horas, no menos silenciosamente que él.

En cuanto a Passepartout, el mar no le inquietaba. Ocupaba un camarote a proa y comía también concienzudamente. Hay que señalar que aquel viaje, realizado en tales condiciones, no le desagradaba en absoluto.

Al día siguiente de la partida de Suez, el 10 de octubre, y no sin cierta satisfacción, encontró en el sobrepunte al amable personaje al que se había dirigido al desembarcar en Egipto.

—Si no me equivoco, ¿es usted quien tan amablemente me sirvió de guía en Suez?

—En efecto —respondió el detective—, lo recuerdo a usted. Usted es el criado de ese inglés tan excéntrico...

—Precisamente, señor...

—Fix.

—Señor Fix —respondió Passepartout—. Estoy encantado de encontrarlo a bordo. ¿Y adónde va usted?

—Como ustedes, a Bombay.

—¡Magnífico! ¿Ha hecho ya alguna vez este viaje?

—En varias ocasiones —respondió Fix—. Soy un agente de la Compañía Peninsular.

—Entonces conocerá usted la India.

—Pues... sí —respondió Fix, que no quería ser muy explícito.

—¿Y es interesante la India?

—¡Muy interesante! Hay mezquitas, alminares, templos, faquires, pagodas, serpientes y bayaderas. Pero esperemos que tengan ustedes tiempo para visitar el país.

—Así lo espero, señor Fix. Como usted comprenderá, no es posible que un hombre sensato pase su vida saltando de un barco a un ferrocarril, y de un ferrocarril a un barco, con el pretexto de dar la vuelta al mundo en ochenta días.

—¿Y cómo está el señor Fogg? —preguntó Fix con un tono de la más natural-. No veo nunca a su amo sobre la cubierta.

—Nunca. No es muy curioso.

—¿Sabe usted, señor Passepartout, que este supuesto viaje de ochenta días pudiera ocultar cualquier misión secreta... una misión diplomática, por ejemplo?

—Créame, señor Fix, que no sé nada, se lo confieso, y, en el fondo, no daría ni media corona por saberlo.

Después de aquel encuentro, Passepartout y Fix comenzaron a charlar con cierta frecuencia. Mientras tanto, el navío avanzaba rápidamente. El 13 avistaron Moka, que se les apareció con su cinturón de murallas en ruinas, por entre una de las cuales se veía sobresalir algunas palmeras verdosas. A la noche siguiente, el *Mongolia* franqueó el estrecho de Babel-Mandeb, cuyo nombre, en árabe, significa La Puerta de las Lágrimas; y al día siguiente, el 14, realizó una escala en Steamer-Point, al noroeste de la bahía de Adén. Era allí donde tenían que

reabastecerse de combustible, realizando una escala de cuatro horas, antes de llegar a Bombay.

Pero aquel retraso no podía afectar al programa de Phileas Fogg. Estaba previsto. Además el *Mongolia*, en lugar de llegar a Adén el 15 de octubre por la mañana, lo había hecho el 14 por la tarde. Lo que significaba un adelanto de quince horas.

El señor Fogg y su criado descendieron a tierra. El gentleman quería hacerse visiar el pasaporte. Fix los siguió sin ser visto. Cumplida la formalidad del visado, Phileas Fogg regresó a bordo para reanudar su interrumpida partida.

A las seis de la tarde el *Mongolia* luchaba contra las aguas de la bahía de Adén con su hélice y muy pronto surcó el mar de las Indias. Le estaban asignadas ocho días y unas pocas horas para realizar la travesía entre Adén y Bombay. El viento soplaba del noroeste. Las velas acudieron en ayuda del vapor. El navío, mejor afirmado, cabeceaba menos. Unas pasajeras, con ropas ligeras, aparecieron sobre el puente. Los cantos y los bailes se reanudaron.

El viaje se efectuó, pues, en las mejores condiciones.

El domingo 20 de octubre, hacia el mediodía, se avistó la costa hindú. En el horizonte, un segundo plano de colinas resaltaba armoniosamente sobre el fondo del cielo. Muy pronto las filas de palmeras que llenan la ciudad se destacaron con toda claridad. El buque entró en la bahía formada por las islas Salecette, Colaba, Elephanta y Butcher. Y a las cuatro y media de la tarde atracaba en los muelles de Bombay.

El *Mongolia* no debería haber llegado a Bombay hasta el 22 de octubre. Y lo hizo el 20. Así pues, desde su partida de Londres, Phileas Fogg había obtenido una ventaja de dos días, lo que marcó metódicamente sobre su itinerario, obviamente en la columna de beneficios.

Nadie desconoce que la India tiene una superficie de un millón cuatrocientas mil millas cuadradas, sobre las que se encuentra desigualmente esparcida una población de ciento ochenta millones de habitantes. El gobierno británico ejerce un dominio real sobre una parte de ese inmenso país. Mantiene un gobernador general en Calcuta, gobernadores en Madrás, Bombay y Bengala, y un vice-gobernador en

Agra. Pero la India inglesa propiamente dicha no cuenta más que con una superficie de siete mil millas cuadradas, y una población de menos de diez millones de habitantes. Esto nos indica que la dominación británica se extiende indirectamente más allá del real de la Reina. En efecto, la dominación se halla rodeada de razas independientes, feroces y terribles, la independencia es todavía absoluta.

Desde 1756 -época en la que se fundó el primer establecimiento inglés sobre el emplazamiento hoy en día ocupado por la ciudad de Madrás- hasta el año en que estalló la gran insurrección de los cipayos, la célebre Compañía de Indias fue todopoderosa. Anexionó poco a poco diferentes provincias, compradas a los rajás al precio de unas rentas muy bajas que, o pagaba muy mal, o, en ocasiones, ni siquiera pagaba; la Compañía nombraba su propio gobernador general y todos sus empleados, civiles o militares; pero, actualmente, la Compañía ya no existe, y las posesiones inglesas de la India dependen directamente de la Corona.

Antes se viajaba mediante todos los antiguos sistemas de transporte, a pie, a caballo, en carro, en carretilla, en palanquín, montado sobre otra persona, en diligencia, etcétera. Actualmente, los barcos a vapor recorren el Indo y el Ganges a grandes velocidades, y un ferrocarril, que atraviesa la India en toda su anchura, ramificándose durante su recorrido, pone Bombay a tan sólo tres días de distancia de Calcuta. El trazado del ferrocarril no sigue una línea recta a través de la India. La distancia, a vuelo de pájaro, no es más de mil a mil cien millas, y los trenes, aún a velocidad media, no tardan en recorrerla.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando los pasajeros del *Mongolia* desembarcaron en Bombay, y el tren de Calcuta no salía hasta las ocho de la noche.

El señor Fogg se despidió entonces de sus compañeros de juego, abordando con un paso regular y decidido el camino hacia la oficina de pasaportes.

Mientras tanto, Passepartout, que no ignoraba las maravillas de Bombay, ni la casa Consistorial, ni la magnífica biblioteca, ni los fuertes, ni los muelles, ni el mercado del algodón, ni los bazares, ni las mezquitas, ni las sinagogas, ni las iglesias armenias, ni la espléndida

pagoda de Malebar-Hill, coronada por dos torres poligonales. No contemplaría ni las obras maestras de Elephanta, ni sus misteriosos hipogeos, ni las grutas de Kanherie en la isla de Salecette, aquellos admirables restos de la arquitectura budista.

Al salir de la oficina de pasaporte, Phileas Fogg se dirigió a la estación, y allí cenó. Entre otros manjares, el mozo recomendó un “conejo del país”, del que le hizo los mayores elogios Phileas Fogg aceptó el estofado y lo probó concienzudamente; pero pese a su salsa sazonada con especias, lo encontró detestable.

Llamó al mozo:

—Señor —le dijo, mirándolo fijamente—, ¿es esto conejo?

—Sí, milord —le respondió—, conejo de la jungla.

—¿Y este conejo no maulló cuando lo mataron?

—¿Maullar? ¡Por Dios, milord! ¡Un conejo! Le prometo que...

—Señor —respondió el Fogg fríamente—, no jure y recuerde esto: antaño, en la India, los gatos estaban considerados animales sagrados. Eran los buenos tiempos.

Hecha esta observación, el señor Fogg siguió cenando con toda tranquilidad.

El agente Fix, mientras tanto, también desembarcó del *Mongolia*, y corrió al encuentro del director de policía de Bombay. Le explicó, en su calidad de detective, la misión que le había sido encomendada y su situación respecto al autor del robo. «¿Se había dado Londres una orden de detención?» No se había recibido nada. Y, en efecto, la orden.

que fue enviada después de la partida de Fogg, no podía haber llegado todavía.

Fix quedó muy desconcertado. Pretendió que el director le diese una orden de detención contra el señor Fogg. El director se negó. El asunto incumbía a la administración metropolitana, y tan sólo aquella podía entregar tal orden. Fix no insistió y comprendió que debía resignarse a esperar. Pero tomó la resolución de no perder de vista a su impenetrable prisionero, al menos durante todo el tiempo que aquel permaneciese en

Bombay. No le cabía duda de que Phileas Fogg se quedaría allí, si la orden de detención tendría tiempo suficiente para llegar.

Passepartout después de haber adquirido algunas camisas y calcetines, se paseaba por las calles de Bombay. La afluencia de público era muy grande, y se veían europeos de todas las nacionalidades, persas con sus gorros puntiagudos, hunyahs con turbantes redondos, sihks con gorros cuadrados, armenios de largos ropajes y parsis con la mitra negra. Precisamente, los parsis o guebros, descendientes directos de los adoradores de Zoroastro, raza a la que pertenecen hoy en la actualidad, los ricos negociantes indígenas de Bombay, celebraban una especie de carnaval religioso con procesiones y festejos.

Passepartout miraba aquellas curiosas ceremonias con aire ingenuo, pero, desgraciadamente para él y su amo, se estuvo a punto de comprometer el viaje pues su curiosidad lo llevó más allá de los límites del sentido común.

En efecto, después de haber visto aquel carnaval parsi, Passepartout vio una pagoda aislada en lo alto, cuando al pasar delante del recinto de Malebar-Hill, tuvo la des...

...graciada idea de visitar su interior.

Ignoraba dos cosas: en primer lugar, que la entrada a ciertas pagodas hindúes está formalmente prohibida a los cristianos, y después, que incluso los mismos creyentes no pueden entrar en ellas sin haber dejado su calzado a la puerta. Debemos señalar aquí que, por razones de sana política, el gobierno inglés castiga severamente a quienquiera que viole sus prácticas.

Passepartout entró allí, sin malas intenciones, como un simple turista, y admiraba en el interior de Malebar-Hill aquellos deslumbrantes oropeles de la ornamentación brahmánica, cuando fue derribado sobre las losas sagradas. Tres sacerdotes se precipitaron sobre él, arrancándole los zapatos y los calcetines, y comenzaron a molerlo a palos mientras proferían gritos salvajes. El francés se levantó con viveza. Un puñetazo y una patada derribó a dos de sus adversarios, y se lanzó fuera de la pagoda a toda la velocidad que sus piernas le permitían; dejó atrás el

barrio, se lanzó en una su persecución al tiempo que instigaba a los fieles.

A las ocho menos cinco, tan sólo unos minutos antes de la salida del tren, sin sombrero, descalzo, y habiendo perdido en la pelea el paquete que contenía sus compras, Passepartout llegó a la estación del ferrocarril.

Fix estaba allí, sólo, escondido y en cuclillas en las sombras pudo escuchar el relato de las aventuras en que el criado hizo a su amo.

—Espero que no vuelva a suceder —respondió simplemente Phileas Fogg, marchándose a su asiento del vagón con... *vagones del tren*.

El pobre muchacho, descalzo y descompuesto, siguió a su amo sin decir ni una palabra.

Fix iba a subir en otro vagón, cuando una idea lo retuvo y modificó sensiblemente su proyecto de partida.

—No, me quedo —se dijo—. Un delito cometido sobre territorio indio... Ya tengo a mi hombre.

El tren, que salió a la hora reglamentaria, llevaba cierto número de viajeros. Algunos eran oficiales, otros funcionarios civiles y comerciantes de opio y de índigo, todos los cuales eran requeridos en la parte oriental de la península.

Passepartout ocupaba el mismo compartimiento que su amo. Un tercer viajero se encontraba en el rincón opuesto. Se trataba del brigadier general, sir Francis Cromarty, uno de los compañeros de juego del señor Fogg durante la travesía de Suez a Bombay, que iba a Benarés.

Sir Francis Cromarty, alto, rubio, de unos cincuenta años de edad, que se había distinguido especialmente con ocasión de la última revuelta de los cipayos, habría merecido, realmente, la calificación de indígena. Vivía en la India desde su juventud, y no realizó más que raras apariciones por su país natal. Era un hombre instruido, que habría dado gustosamente cualquier tipo de información sobre las costumbres, la historia y la organización del país hindú si Phileas Fogg lo hubiese solicitado. Pero aquel caballero no preguntaba nada. En aquel

momento, repasaba mentalmente el cálculo de las horas y los días desde su salida de Londres.

Sir Francis Cromarty no dejó de reconocer la originalidad de su compañero de viaje, pese a que no lo había separado más que unas cartas en la mano, y, entre jugada y jugada, había intercambiado con él pocas palabras. Pero creía que aquellas eran suficientes para persuadirse de que Fogg poseía un alma sensible a las bellezas de la naturaleza o a las aspiraciones morales.

Phileas Fogg no ocultó nada a sir Francis Cromarty sobre su proyecto de viaje alrededor del mundo, ni en qué condiciones lo realizaba. El brigadier general no vio en aquella apuesta más que una excentricidad sin utilidad alguna.

Una hora después de su salida de Bombay, el tren, franqueando los viaductos, atravesó la isla Salcette y ya corría por el continente. Pronto se introdujo por las montañas, llenas de ramificaciones de los Ghates Occidentales, cuyas cimas más altas están cubiertas de tupidos bosques.

De vez en cuando, sir Francis Cromarty y Phileas Fogg intercambiaban algunas palabras. El brigadier general, procurando reavivar una conversación que moría, dijo:

—Hace algunos años, señor Fogg, hubiese usted sufrido en este punto un retraso que, probablemente, habría comprometido su itinerario.

—¿Y eso por qué, sir Francis?

—Porque el ferrocarril se acababa al pie de estas montañas, y era necesario atravesarlas en palanquín o a caballo hasta la estación de Kandallah.

—Ese retraso no hubiera afectado el plan de mi viaje —respondió el señor Fogg—. No he dejado de prever la eventualidad de ciertos obstáculos.

—Pero corría usted el peligro de encontrarse en una situación muy desagradable a causa de la falta de trenes.

Passepartout, que dormía profundamente, ni soñaba que pudieran estar hablando de él.

—El gobierno inglés es particularmente severo con este tipo de delitos —continuó sir Francis Cromarty—. Quiere que se respeten las costumbres religiosas de los hindúes, y si su criado hubiese sido aprehendido...

—Pues bien, si hubiese sido aprehendido, sir Francis —respondió el señor Fogg—, lo habrían condenado y habría pagado su castigo, y después habría regresado tranquilamente a Europa. ¡No veo por qué esta historia hubiese podido retrasar a su amo!

Y, dicho esto, la conversación murió.

Durante la noche, el tren franqueó los Ghates, pasó por Nassik y, al día siguiente, 21 de octubre, se lanzó a través de un país relativamente llano, formado por el territorio de Khandeish.

Passepartout, despierto, miraba y no podía creer que atravesase el país de los hindúes en un tren de la “Great Peninsular railway”. Sin embargo, nada más real que todo ello. Vastos terrenos se extendían hasta perderse de vista, junglas en las que no faltaban ni las serpientes ni los tigres, a los que espantaban los relinchos del tren, y, finalmente, los bosques atravesados por el trazado de la vía férrea, todavía frecuentados por elefantes que veían pasar el veloz convoy con ojos pensativos.

Durante aquella mañana, pasada ya la estación de Mallygaum, los pasajeros atravesaron aquel territorio funesto, tan frecuentemente ensangrentado por los adoradores de la diosa Kali. No lejos de Eourá y sus admirables pagodas, no lejos de la célebre Aurangabad, la capital del feroz Aurang-Zeb, por entonces simple cabeza de distrito de una de las provincias segregadas del reino de Nizam. Sobre aquella región de denso bosque y de cielos lúgubres, el más terrible de los devasadores, ejercía su dominio. Aquellos asesinos sacrificaban en honor de la diosa de la muerte a víctimas de todas las edades. Los gobiernos ingleses habían conseguido acabar con aquellos crímenes en una cierta medida, pero la terrible asociación seguía existiendo y funcionando.

A las doce y media el tren se detuvo en la estación de Burhampur, y Passepartout pudo conseguir, al precio de su peso en oro, un par de sandalias, adornadas de falsas perlas, que calzó con un sentimiento de evidente vanidad.

Los viajeros desayunaron rápidamente y partieron hacia la estación de Assurghur. Por la tarde se adentraron a través de las gargantas de los montes Satpura, que separan el territorio del Khandeish del de Bundelkund.

Al día siguiente, el 22 de octubre, y ante una pregunta de sir Francis Cromarty, Passepartout cogió su reloj y le respondió que eran las tres de la mañana. Aquel famoso reloj; siempre a la hora de Greenwich, que se encontraba casi setenta y siete grados al oeste, debía retrasar y, en efecto, retrasaba cuatro horas.

Sir Francis corrigió la hora dada por Passepartout, y le dio el mismo consejo que éste había recibido de Fix. Trató de hacerle comprender que debía poner su reloj en hora al paso de cada meridiano y, puesto que caminaban constantemente hacia el este, es decir, hacia el sol, los días se acortaban cuatro por cada grado recorrido. Pero el francés mantuvo invariablemente su reloj a la hora de Londres.

A las ocho de la mañana, y quince millas antes de la estación de Rothal, el tren se paró en medio de un amplio claro en un bosque, rodeado de algunos refugios y de cabañas de obreros. El revisor del tren pasó por delante de la fila de vagones, anunciando:

—Los viajeros se bajan aquí.

Phileas Fogg miró a sir Francis Cromarty, quien pareció no entender nada de lo que ocurría con aquella parada en medio de tamarindos y khajours.

—¡Señor! ¡Se acabó la vía férrea! —gritó Passepartout.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó sir Francis Cromarty.

—Quiero decir que el tren no continúa.

El brigadier general descendió inmediatamente del vagón. Phileas Fogg lo siguió sin apresurarse. Ambos se dirigieron al revisor.

—¿Dónde estamos? —preguntó sir Francis Cromarty.

—En la aldea de Kholby —respondió el revisor.

—¿Nos detendremos aquí?

—Sin duda. La vía está sin acabar...

—¿Cómo? ¿Que no está acabada?

—No. Queda por establecer el tendido en un recorrido de unas cincuenta millas, entre este punto y Allahabad, donde continúa la vía.

—Sin embargo, los periódicos han anunciado la total apertura del ferrocarril.

—¿Qué quiere usted, mi oficial? Los periódicos se han equivocado.

Sir Francis Cromarty estaba furioso. Passepartout habría golpeado al revisor de buena gana. No se atrevía a mirar a su amo.

—Sir Francis —dijo sencillamente el señor Fogg—, si no tiene inconveniente, vamos a buscar un medio de transporte para llegar a Allahabad.

—Señor Fogg, ¡eso será estar resuelto a todo, incluso perjudicarse uno mismo!

—No. Sir Francis, estaba previsto. No arriesgo nada. Llevo dos días de adelanto, y puedo sacrificarlos. Hay un vapor que sale de Calcuta para Hong Kong el 25 al mediodía. Y hoy no es más que 23, por lo que llegaremos a tiempo a Calcuta.

Nada podía objetar a una respuesta dada con tanta seguridad.

Resultaba evidente que el tendido del ferrocarril se acababa allí. Los periódicos son como algunos relojes que tienen la manía de adelantar, y anunciaron prematuramente la terminación de la línea. La mayor parte de los viajeros estaban al tanto de aquella interrupción, y al bajarse del tren se apoderaron rápidamente de los vehículos de todo tipo que ofrecían sus servicios en la aldea. Así, el señor Fogg y sir Francis Cromarty, después de haber buscado por toda la zona, regresaron sin haber encontrado nada en que transportarse.

—¡Iré a pie! —dijo Fogg.

—Señor —dijo Passepartout que había averiguado por su cuenta—, creo que he encontrado un medio de transporte.

—¿Cuál?

—Un elefante que pertenece a un indio que vive a cien pasos de aquí.

Cinco minutos más tarde, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Passepartout llegaban a una cabaña que estaba junto a un corralillo rodeado por una atenta cerca. Allí se encontraba en presencia de un animal medio domesticado, que su propietario amansaba por la nariz desde el día en que era suyo, sino un animal de pelea. Con aquel fin, modificaba el carácter naturalmente pacífico del animal, de tal manera que lo conducía gradualmente a ese paroxismo de rabia llamado mutsh en lengua hindú. Y lo conseguía alimentándolo durante tres meses a base de azúcar y mantequilla. Tal tratamiento podría parecer impropio para dichos fines, pero es utilizado con éxito por los domadores. Afortunadamente para el señor Fogg, el elefante acababa apenas de ser sometido a dicho régimen, y el mutsh todavía no se había declarado.

Kiouni —tal era el nombre del animal— podía, al igual que todos sus congéneres, desarrollar durante largo tiempo una marcha rápida, y, a falta de un medio mejor, Phileas Fogg decidió utilizarlo.

Pero los elefantes son caros en la India, donde empiezan a hacerse raros. Los machos, que son los únicos que sirven para luchar en los circos, son extremadamente buscados. Esos animales, cuando son reducidos al estado doméstico, dejan de reproducirse, de tal manera que sólo cazándolos se podían obtenerlos. Por eso es que sólo obtenía de muchos cuidados, y cuando el señor Fogg preguntó al indio si quería alquilarle el elefante, aquel se negó.

Fogg insistió y ofreció por el animal un precio excesivo, diez libras la hora. Negativa. ¿Veinte libras? Nueva negativa. ¿Cuarenta libras? Negativa total. El indio no se dejaba tentar.

Imperturbable, Phileas Fogg propuso entonces al indio comprarle el animal y le ofreció, en un principio, mil libras.

El indio no quería vender. Probablemente un resto de vergüenza aflojaba un buen negocio.

Sir Francis Cromarty llevó al señor Fogg aparte y le recomendó que renunciase de seguir adelante. Phileas Fogg respondió que no podía ceder. No quería parecer que iba a actuar a la ligera, que se trataba, a fin de cuentas, de una apuesta de veinte mil libras, que aquel elefante le era necesario, y que, aunque tuviera que pagar veinte veces su valor, lo obtendría.

El señor Fogg regresó junto al indio, cuyos ojos, brillantes de codicia, dejaban bien claro que, para él, no se trataba más que de una cuestión de precio. Phileas Fogg ofreció sucesivamente mil doscientas libras, después mil quinientas, después mil ochocientas, y por fin dos mil libras.

A las dos mil libras el indio se rindió.

Cerrando el trato, ya no quedaba más que encontrar un guía. Eso fue más fácil. Un joven parsi, de rostro inteligente, ofreció sus servicios. El señor Fogg los aceptó y le prometió una espléndida remuneración.

Prepararon y equiparon al elefante sin demora, pues el parsi sabía muy bien cómo hacerlo. Cubrió con una especie de guadalupe el lomo del elefante, y dispuso, de cada lado sobre sus flancos, sendas arlotas bastante incómodas.

Phileas Fogg pagó al indio en billetes de banco. Después el señor Fogg ofreció a sir Francis Cromarty transportarlo hasta la estación de Allahabad. El brigadier general aceptó. Un viajero de más no podría fatigar al gigantesco animal.

Compraron víveres en Kholby. Sir Francis Cromarty se instaló en una de las arlotas y Phileas Fogg en la otra. Passepartout se montó a duras penas sobre la guadalupe entre su amo y el guía parsi. El parsi se encaramó sobre la cabeza del elefante, y, a las nueve, el animal, saliendo de la aldea, se internó por el denso bosque al trote con el fondo boscoso retumbando.

El guía, a fin de reducir la distancia a recorrer, dejó a su derecho el trazado de la vía férrea cuyos trabajos estaban en vías de realización. Pretendía ganar una veintena de millas acortando a través de los bosques, de este modo, los viajeros quedaron en sus manos.

Phileas Fogg y sir Francis Cromarty, metidos hasta el cuello en sus arlotas, constantemente eran zarandeados por el rígido trote del elefante, ya que su guía insistía en llevar una marcha veloz; pero soportaban la situación con la flemma más británica, en tanto que Passepartout, situado sobre el lomo del animal y sometido directamente a los golpes y contragolpes, ponía mucha atención, tal y como le recomendó su amo, en no meter la lengua entre los dientes, pues hubiese sido cortada de tajo.

Después de dos horas de camino, el guía detuvo al elefante y le concedió una hora de reposo. El animal devoró ramas y arbustos después de haber saciado su sed en una charca cercana. Sir Francis Cromarty no se lamentaba de aquel descanso. Estaba deshecho. El señor Fogg parecía, por el contrario, tan fresco como si acabara de levantarse de su cama.

Al mediodía, el guía dio la señal de partida. El paisaje cobró muy pronto un aspecto salvaje. A pesar de las grandes llanuras áridas, erizadas de arbustos y plagadas de bloques de sienita. Toda aquella parte del alto Bundelkund, poco frecuentada por los viajeros, estaba habitada por una población fanática, condenada por las prácticas más terribles de la religión hindú.

En varias ocasiones se cruzaron con grupos de indios fanáticos, que los observaron coléricos al ver pasar al rápido elefante. Passepartout no se sentía del todo cómodo, y, sin embargo, vieron muy pocos animales, apenas unos cuantos monos que huyeron haciendo mil contorsiones y muecas que divertían mucho al inquieto Passepartout.

Una idea, entre todas las demás, rondaba por la cabeza del muchacho. ¿Qué haría el señor Fogg con el elefante cuando hubiese llegado a la estación de Allahabad? ¿Se lo llevaría? Imposible.

A las ocho de la noche hicieron un alto en un refugio en ruinas. La distancia recorrida a lo largo de aquella jornada era de veinticinco millas, y les faltaba otro tanto para llegar a la estación de Allahabad.

La noche era fría. En el interior del refugio, el parsi encendió una hoguera de ramas secas que les proporcionó una temperatura realmente agradable. Los viajeros comieron las provisiones compradas

en Kholby como seres destrozados y molidos. La conversación, que se inició con algunas frases entrecortadas, acabó muy pronto con unos ruidosos ronquidos. El guía vigilaba cerca de Kiouni, que dormía de pie, apoyado en el tronco de un gran árbol.

La noche transcurrió sin incidentes. Algunos rugidos de panteras perturbaban en ocasiones el silencio, mezclados con los agudos chillidos de los monos. Sir Francis Cromarty dormía pesadamente, como un bravo militar habituado a las fatigas. Passepartout, en su sueño agitado, revivió todas las aventuras de la víspera. En cuanto al señor Fogg, descansó tan apaciblemente como si se hubiese encontrado en su tranquila casa de Saville-row.

A las seis de la mañana reemprendieron el camino. El guía esperaba llegar a la estación de Allahabad aquella misma noche.

Hacia el mediodía, rodearon la aldea de Kallenger, situada a orillas del Cani, uno de los sub-afluentes del Ganges. Siempre evitaba los lugares habitados, sintiéndose mucho más seguro en medio de aquellos campos desiertos que marcaban las primeras depresiones de la cuenca del gran río. Hicieron una detención bajo un grupo de bananos, cuyos frutos, tan sabrosos como el pan y “tan succulentos como la nata”, según decían los viajeros, fueron extremadamente apreciados.

A las dos de la tarde el guía se introdujo en un espeso bosque que debían atravesar por espacio de varias horas. Prefería viajar así, al abrigo de los bosques. De pronto el elefante, dando evidentes signos de inquietud, se detuvo.

Eran las cuatro de la tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó sir Francis Cromarty, quien asomó la cabeza por encima de su arlota.

—No lo sé, mi oficial —respondió el parsi, que aguzaba el oído hacia un murmullo confuso que llegaba de la espesura.

Passepartout era todo ojos y oídos. El señor Fogg esperaba pacientemente, sin decir ni una palabra.

El parsi saltó a tierra, ató el elefante a un árbol, y se internó en la espesura. Unos minutos más tarde regresó diciendo:

—Se trata de una procesión de brahmanes que vienen en nuestra dirección. Si es posible, evitemos que nos vean.

El guía desató el elefante y lo condujo hacia la vegetación más espesa, recomendando a los viajeros que no se moviesen. Él mismo, se mantuvo silencioso, pero sin despegarse para rápidamente sobre su montura, en caso de huida.

Unos instantes después, la procesión apareció bajo los árboles, a una cincuentena de pasos del lugar ocupado por el señor Fogg y sus compañeros. En primera línea avanzaban los sacerdotes, tocados con mitras y vestidos con largas túnicas recamadas. Iban rodeados de hombres, mujeres y niños que entonaban una especie de salmodia infernal, interrumpida a intervalos regulares por los tambores y los címbales. Detrás de ellos se encontraba una horrible estatua. Un collar de calaveras rodeaba su cuello, y un cinturón de manos cortadas ceñía su talle. Estaba de pie, sobre un gigante decapitado.

Sir Francis Cromarty reconoció la estatua.

—Es la diosa Kali —murmuró—, la diosa del amor y de la muerte.

—¡De la muerte, lo acepto, pero del amor, ¡nunca! —dijo Passepartout.

Alrededor de la estatua se agitaba, se movía, se convulsionaba un grupo de viejos faquires, pintados con grandes rayas ocre, cubiertos de heridas en forma de cruz que dejaban escapar la sangre gota a gota. Tras ellos, unas dos manadas atacadas con toda la suntuosidad oriental, arrastraban a una mujer que apenas se sostenía.

Aquella mujer era joven, blanca como una europea. Su cabeza, su cuello, sus hombros, sus orejas, sus brazos, sus manos, los dedos de sus pies estaban, todos ellos, sobrecargados de joyas, de collares, de brazaletes, de pendientes y de anillos. Una túnica laminada en oro, recubierta por una fina gasa, dibujaba los contornos de su talle.

Detrás de ella iban unos guardias, armados con sables colgados del cinturón y con grandes pistolas adornadas, colgando de anchas y pesadas bandoleras. Se trataba del cuerpo de guardia hindú, vestido con sus opulentos ropajes de raja y con sus magníficas armas de príncipe indio.

Por último, los músicos y una procesión de fanáticos, cuyos gritos cubrían en ocasiones el ensordecedor ruido de los instrumentos, cerraban el cortejo.

Sir Francis Cromarty, entristecido, volviéndose hacia el guía, le dijo:

—Un suttty.

El parsi hizo un signo afirmativo y puso un dedo sobre los labios.

La larga procesión se desplegó lentamente sobre los árboles, y muy pronto sus últimas filas desaparecieron en las profundidades del bosque.

Phileas Fogg había escuchado aquella palabra que pronunció sir Francis Cromarty, e inmediatamente después de que la procesión hubo desaparecido se dirigió a él.

—¿Qué es un suttty? —preguntó.

—Un suttty, señor Fogg —respondió el brigadier general—, es un sacrificio humano, pero un sacrificio voluntario. Esa mujer que acaba de ver será incinerada mañana con las primeras horas de alba.

—¿Y ese cadáver? —preguntó el señor Fogg.

—Es el del príncipe, su marido —respondió el guía—, un rajá independiente del Bundelkund.

—¿Cómo es posible que esas bárbaras costumbres subsistan todavía en la India, y que los ingleses no hayan podido acabar con ellas? —exclamó Phileas Fogg, sin la menor emoción.

—En la mayor parte de la India —respondió sir Francis Cromarty— esos sacrificios ya no se realizan, pero aún ejercen una influencia sobre aquellas regiones tan salvajes y, muy especialmente, sobre este territorio del Bundelkund.

—¡Pobre desgraciada! —murmuró Passepartout—, ¡quemada viva!

—Sí —prosiguió el brigadier general—, quemada, y, aunque no fuera así, no podría usted ni imaginarse a qué condición tan miserable se vería reducida por sus vecinos. Se le afeitarán los cabellos, no se alimentaría más que con algunos puñados de arroz, estaría considerada

como una criatura inmunda y moriría en cualquier rincón como un perro sarnoso. Así es que la perspectiva de tal existencia lleva, a menudo, a esas desgraciadas al suplicio, y con mucha más fuerza que el amor o el fanatismo religioso. No obstante, en ocasiones, el sacrificio es realmente deseado, y se necesita la enérgica intervención del gobierno para impedirlos.

Cuando el brigadier general terminó su relato, el guía dijo:

—El sacrificio que se celebrará mañana al alba no es voluntario.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Es una historia que todo el mundo conoce en el Bundelkund — respondió el guía.

—Sin embargo, esa desdichada no parecía oponer ninguna resistencia —observó sir Francis Cromarty.

—Porque la embriagaron con humo de cáñamo y de opio.

—¿Y adónde la conducen?

—A la pagoda de Pillaji, a dos millas de aquí. Allí pasará la noche, esperando la hora del sacrificio.

—¿Cuándo se realizará el sacrificio?

—Mañana, con los primeros rayos del alba.

Después de aquella respuesta, el guía hizo salir al elefante de la espesura y se agarró del cuello del animal. Pero, en el momento en que iba a azuzarlo con un silbido especial, el señor Fogg lo detuvo, y, dirigiéndose a sir Francis Cromarty, dijo:

—¿Y si salvásemos a esa mujer?

—¡Salvar a esa mujer, señor Fogg...! —exclamó el brigadier general.

—Todavía me quedan doce horas de adelanto. Puedo consagrarlas a eso.

—¡Vaya! ¡Así es que es usted un hombre de corazón!

—En ocasiones —respondió simplemente Phileas Fogg—. Cuando tengo tiempo.

El proyecto era temerario, colmado de dificultades, tal vez imposible. El señor Fogg iba a arriesgar su vida, o al menos su libertad, y por tanto el éxito de su empresa; pero no lo dudó. Por otro lado, comenzaron en sir Francis Cromarty un compañero decidido.

En cuanto a Passepartout, estaba dispuesto, se podía contar con él. La idea de ese asunto lo exaltaba. Sentía que un corazón, un alma, latía bajo aquella coraza de hielo. Empezaba a querer a Phileas Fogg.

Quedaba el guía. ¿No se inclinaría del lado de los indios? A falta de ayuda, habría que asegurarse, incluso por la neutralidad.

Sir Francis Cromarty le planteó, francamente, el problema.

—Mi oficial —respondió el guía—, soy parsi, y esa mujer es parsi. Disponed de mí. Pero si nos agarran, perderemos la vida. ¿Lo han pensado?

—Sí —repuso Fogg—. ¿No creen que debemos esperar la noche para actuar?

—Sí, lo también lo creo —contestó el guía.

El guía hindú dio, entonces, algunos detalles sobre la víctima. Se trataba de una india célebre por su belleza, de raza parsi, hija de unos ricos comerciantes de Bombay. Había recibido en aquella ciudad una educación completamente inglesa. Se llamaba Aouda. Huérfana, fue dada en matrimonio, pese a su oposición, a un anciano rajá del Bundelkund. Tres meses después del casamiento, el rajá murió de apoplejía... Sabiendo la muerte que le esperaba, escapó. Fue capturada inmediatamente, y los parientes del rajá, que estaban interesados en su muerte, la condenaron al suttu.

Aquel relato no podía sino reforzar en el señor Fogg y en sus compañeros su generosa resolución. Se decidió que el guía dirigiría el elefante hacia la pagoda de Pillaji, a la que trataría de aproximarse tanto como fuese posible.

Media hora más tarde se detuvieron bajo un bosque oscuro, a quinientos pasos de la pagoda, a la que no podían ver, y cuyos tonos de los fanáticos se podían percibir con toda claridad.

Deliberaron sobre la forma de llegar hasta la víctima. El guía conocía aquella pagoda de Pillaji, en la que, según afirmaba, la joven se encontraba prisionera. Aquello no podía decidirse hasta el momento más oportuno. Pero lo que no les cabía duda alguna, es que era preciso deber llevársela a su acogida misma noche, y no cuando, llegada el día, la víctima fuese conducida al suplicio. En ese instante ninguna intervención humana podría salvarla.

El señor Fogg y sus compañeros esperaron a que cayera la noche. Cuando, hacia las seis de la tarde, oscureció, decidieron llevar a cabo un reconocimiento en torno a la pagoda. De acuerdo con sus costumbres, aquellos indios debían estar sumidos en una fuerte embriaguez de hang (potente líquido mezclado con una infusión de cáñamo), y tal vez resultara posible deslizarse entre ellos hasta el templo.

El parsi, guiando al señor Fogg, a sir Francis Cromarty y a Passepartout, avanzó sin hacer el menor ruido a través del bosque. Después de diez minutos de arrastrarse bajo los arbustos, llegaron al borde de un riachuelo, y desde ahí, a la luz de unas antorchas pudieron ver la pira impregnada de aceite perfumado. En la parte superior, se encontraba el cuerpo embalsamado del rajá, que debe arder al mismo tiempo que el de su viuda. A cien pasos de la pira se elevaba la pagoda, cuyos alminares pasaban en la oscuridad por encima de los árboles.

Siguieron avanzando. Muy pronto el guía se detuvo en el borde del claro. Algunas antorchas iluminaban el lugar. El suelo estaba cubierto por grupos de hombres tumbados y profundamente embriagados. En segundo plano, entre las ramas de los árboles, se dibujaba confusamente la pagoda del templo. Ahí, en las puertas del templo, el guía pudo ver a los guardias del rajá vigilando: se paseaban delante de unas antorchas vacilantes. Podía suponerse que en el interior los sacerdotes vigilaban también.

—Esperemos —dijo el brigadier general—. Todavía no son más que las ocho, y es muy probable que esos guardias también sucumban al sueño.

—Es posible, en efecto —respondió el parsi.

El señor Fogg y sus compañeros se tumbaron al pie de unos árboles. Esperaban. El tiempo les pareció terriblemente largo; y estaban demasiado tensos como para que les fuese posible dormir. Passepartout estaba tan impaciente como su amo por penetrar en el templo. Observaba sin cesar la situación de los grupos de indios.

La agitación que los dominaba les impedía hablar. Apenas algunos murmullos se escapaban de sus labios.

Por fin llegó el momento. El guía estimó que ya no había nada que temer. Se adelantó hacia el templo, seguido por sus compañeros. Siempre reptando, se introdujeron entre las altas hierbas, hasta los pies del primer peldaño que conducía a la pagoda. Subieron en silencio. Nadie les detuvo. Una puerta no cerrada se hallaba ante ellos.

Se deslizaban por el interior del templo, sombrío y silencioso como una tumba. Antorchas de resina lanzaban a través de las arcadas sombrías luces vagas, y se perdían en los gruesos pilares formados por bajorrelieves monstruosos. El guía se detuvo al pie de una alta puerta.

—Aquí es —susurró.

Inmediatamente, y a la luz de las antorchas colocadas en nichos de la muralla, vio a la joven tendida en un lecho de bambú, envuelta en finas muselinas. Su cabeza, sus cabellos estaban cubiertos de flores. No se percibía el menor movimiento en su cuerpo.

El parsi tocó su brazo. La joven no se movió.

¿Estaba muerta?

Passepartout y el guía interrumpieron su trabajo. ¿Los habrían sorprendido? La prudencia los obligó a alejarse al mismo tiempo que Phileas Fogg y sir Francis Cromarty. Se recurrieron bajo los árboles, dispuestos siempre a continuar su obra. Pero —contratiempo funesto— los guardias se asomaron por la parte trasera de la pagoda, y su intensa vigilancia señalaba la imposibilidad de cualquier intento de aproximarse.

Sería difícil describir la decepción de aquellos cuatro hombres. ¿Cómo podrían salvar a la víctima si ya no podían llegar hasta ella? Sir Francis Cromarty se mordía las uñas. Passepartout estaba fuera de sí, y el guía

apenas podía contenerlo. El imperturbable y flemático Fogg expresaba sin manifestar sus sentimientos.

—Esperen —dijo Fogg—. Con estar mañana antes del mediodía en Allahabad, me basta.

—¿Pero qué espera usted? —respondió sir Francis Cromarty.

—En unas horas habrá salido el sol y...

—Tal vez la suerte que nos abandona quiera surgir de nuevo en el momento supremo.

El brigadier general hubiera querido leer en los ojos de Phileas Fogg. ¿Qué pensaba aquel frío inglés? ¿Pretendía precipitarse hacia la joven, en el momento del suplicio, y arrancarla abiertamente a sus verdugos? Hubiese sido una locura.

Mientras tanto, Passepartout, encaramado sobre un árbol, rumiaba una idea que había atravesado su mente como un rayo y que acabó por incrustarse dentro de su cerebro.

Las horas pasaron, y pronto algunas sombras menos oscuras anunciaron la proximidad del alba.

Era el momento. Se produjo algo así como una resurrección en medio de aquella muchedumbre dormida.

Había llegado la hora en que la infortunada tenía que morir. En efecto, las puertas de la pagoda se abrieron. Una luz más viva escapó de su interior. El señor Fogg y sir Francis Cromarty perdieron de vista a la víctima, vivamente iluminada, arrastrada por dos sacerdotes hacia el exterior. Ella parecía desfallecida, sucediéndose el sopor de la embriaguez en un supremo esfuerzo y el instinto de conservación, la desgraciada intentó escapar a sus verdugos. El sacerdote sir Francis Cromarty creyó ver cómo, en un movimiento convulsivo, se agarró de un volado de Phileas Fogg, ¡no del aquel amo que empuñaba un cuchillo!

Phileas Fogg y sus compañeros, mezclándose casi con las últimas filas de la muchedumbre, la siguieron. En las últimas antorchas devolvieron ver a la víctima, inerte, extendida junto al cadáver de su esposo.

Después se aproximó una antorcha, la encendió, impregnada de aceite, se inflamo rápidamente.

En aquel instante, sir Francis Cromarty y el guía se vieron obligados a retener a Phileas Fogg, quien en un feroz movimiento de ciega locura, se lanzaba hacia la pira. Pero no era necesario. Se escuchó un grito de terror. Toda aquella muchedumbre se lanzó al suelo, espantada.

El anciano rajá no estaba muerto, pues se le vio incorporarse súbitamente con la misma lentitud del cuerpo que se levanta de un brezo y lanza un grito en medio del temblor de los vapores, y cuyo que le daban una apariencia espectral.

La víctima, una mujer aún joven, pasó entre los brazos sobre los brazos de su esposo. El señor Fogg y sir Francis Cromarty sabían que el rajá no era el rajá. Era Passepartout. Y, a Passepartout, sin duda, no estaría menos estupefacto.

Aquel resucitado llegó al lugar donde estaba el señor

Fogg y sir Francis Cromarty, y, una vez allí, dijo brevemente:

—¡Huyamos!

—¡Era Passepartout! El mismo Passepartout que se había deslizado hasta la pira, en medio de aquella espesa humareda, robando arrebatando la joven a la muerte.

Un instante más tarde los cinco desaparecieron por el bosque, y el elefante los alejó con un rápido trote. Pero los gritos, los clamores, e incluso una bala que atravesó el sombrero de Phileas Fogg, les anunciaron que la trampa había sido descubierta.

Sonó una descarga cerrada, pero los raptos huían rápidamente, y en unos instantes se pusieron fuera del alcance de las balas.

La temeraria acción había tenido éxito. Una hora después, Passepartout se reía todavía de su resultado. En cuanto a la joven india, todavía no era consciente de lo sucedido. Arrojada con las mantas de viaje, descansaba sobre una de las arlotas, en estado de postración total.

Sir Francis Cromarty, que conocía los efectos del aturdimiento producido por la inhalación de los vapores del cáñamo, no sentía

ninguna inquietud respecto a ella. Pero comprobaba mucho menos seguro por su futuro. Comunicó a Phileas Fogg que si la señora Aouda se quedaba en la India, caería inevitablemente en manos de sus verdugos. En su opinión, la joven no se encontraría realmente segura, más que después de haber abandonado el país.

Phileas Fogg respondió que tendría en cuenta aquellas observaciones y que tomaría una decisión al respecto.

Hacia las diez de la mañana, el guía anunció la llegada a la estación de Allahabad. Allí se iniciaba, de nuevo, la interrumpida vía férrea, cuyos trenes franqueaban, en menos de un día y una noche, la distancia que separa Allahabad de Calcuta.

Phileas Fogg debería llegar con tiempo más que suficiente para coger el buque en destino a Hong Kong, que partía de Calcuta el 25 de octubre, al mediodía.

Pasaron hasta el día siguiente en la estación. Passepartout había instalado a la joven en una sala de la estación, y el parsi fue encomendado a una agencia de diversos objetos que fue encargada, un chal, pieles, etc., e, en fin, todo lo que constituía el uso europeo, un lecho de reposo, un crédito ilimitado... etcétera.

Muy pronto la señora Aouda comenzó a recuperarse. El estado en que los sacerdotes de Sillaji la habían sumido se disipaba poco a poco, y los bellos ojos adquirían ya dulzura y vida.

Era la señora Aouda una mujer encantadora, en toda regla de la acepción europea de la palabra. Hablaba un inglés de gran pureza, y el guía no había exagerado en absoluto al afirmar que la educación inglesa no había transformado por la educación.

Pero el tren pronto abandonaría la estación de Allahabad. El parsi se separaba. El señor Fogg le pagó el precio estipulado, sin añadir recompensa alguna. Sin embargo, se dio la mano con Passepartout, consciente de lo que su amo debía a la abnegación del guía en la inesperada aventura. En efecto, el parsi había arriesgado voluntariamente su vida en el camino de Pillaji, y, más adelante, los hindúes se enteraron de ello, respondieron rápido escapar a su venganza.

—Parsi —dijo Phileas Fogg al guía—, has sido seriamente altruista. He pagado tu servicio, pero no tu generosidad.

—¿Quieres este elefante? Es tuyo.

Los ojos del guía brillaron.

—¡Excelente! —exclamó—, ¡es una fortuna lo que me está ofreciendo!

—Acepta, guía —respondió el señor Fogg—, pues todavía seguiré estando en deuda contigo.

—¡Enhorabuena! —exclamó Passepartout—. ¡Tómalo, amigo! ¡Kiouni es un bravo y valeroso animal!

Unos instantes más tarde, Phileas Fogg, sir Francis Cromarty y Passepartout, instalados en un confortable vagón en el que la señora Aouda ocupaba la mejor plaza, cortían a toda máquina hacia Benarés.

Las casi ochenta millas que separan esa ciudad de Allahabad, fueron recorridas en dos horas.

Durante el trayecto, la joven se recobró totalmente: los vapores adormecedores del cáñamo se disiparon y pudo, por fin, darse cuenta de su nueva situación.

Fue el brigadier general quien le contó lo sucedido. Insistió en la abnegación de Phileas Fogg, que no había dudado en jugarse la vida para salvarla, y en el desenlace de la escena, gracias a la audaz imaginación de Passepartout.

El señor Fogg lo dejó hablar sin pronunciar ni una sola palabra. Passepartout, confuso, repetía constantemente que “aquello no tenía importancia”.

La señora Aouda expresó efusivamente su agradecimiento a través de sus lágrimas que a través de sus palabras.

Phileas Fogg comprendió lo que pasaba por el ánimo de la señora Aouda, y para tranquilizarle le ofreció, muy fríamente, por cierto, llevarla hasta Hong Kong, donde permanecería hasta que aquel asunto fuera un poco aclarado.

La señora Aouda aceptó de lo mejor. Precisamente, uno de sus parientes residía en Hong Kong. Parsi como ella, era uno de los

negociantes más importantes de aquel lugar, que, pese a hallarse en la costa china, era totalmente inglés.

A las doce y media, el tren se detenía en la estación de Benarés, la Atenas de la India. Era allí donde sir Francis Cromarty debería abandonarlos. El brigadier general se despidió, por tanto, de Phileas Fogg, deseándole todo el éxito posible. El señor Fogg apretó ligeramente los dedos de su compañero.

Las expresiones de la señora Aouda fueron más afectuosas. Nunca olvidaría lo que debía a sir Francis Cromarty. En cuanto a Passepartout, le honraba con un auténtico apretón de manos del brigadier general.

A partir de Benarés, la vía férrea sigue, en parte, el valle del Ganges. A través de las ventanillas del vagón, y con un tiempo bastante claro, se contemplaba el variado paisaje del Behar; después, las montañas cubiertas de verde, los campos de cebada, maíz y trigo, ríos y estanques poblados con aves acuáticas, pueblos bien cuidados y bosques todavía vírgenes. Algunos elefantes y cebúes de gruesa joroba iban a saciarse a las aguas del río sagrado, y también, pese a lo avanzado de la estación y a la fría temperatura, bandadas de hindúes de ambos sexos, que cumplían piadosamente sus santos rituales. Aquellos fieles, enemigos encarnizados del budismo, eran fervientes sectarios de la religión brahmánica, representada en tres personas: Visnú, la divinidad solar; Siva, la personificación divina de las fuerzas naturales, y Brahma, el maestro supremo de todos los sacerdotes y legisladores.

Todo aquel panorama desfiló como un rayo. Declinó, cayó la noche y, en medio de los rugidos de los tigres, que huían de la locomotora, el tren cruzó a toda velocidad entre las ruinas de Gour, ni Burdwan, de Bengala y de Cuttack. Si ese enclave francés en territorio indio, en el que Fogg se hubiese sentido orgulloso de ver ondear la bandera de su patria.

En fin, a las siete de la mañana llegaron a Calcuta, el buque que zarpaba para Hong Kong no lo llevaba hasta el mediodía. Phileas Fogg tenía, por tanto, cinco horas ante sí.

De acuerdo con su itinerario, aquel caballero, debería haber llegado a la capital de las Indias el 25 de octubre, veintitrés días después de su salida de Londres, y justo en el día fijado. No llevaba, pues, ni retraso ni adelanto alguno. Desgraciadamente, todos dos días que entre Bombay y Bombay se habían perdido, ya sabíamos cómo, pero era de esperar que Phileas Fogg no se quejaría.

El tren se detuvo en la estación. En el momento en que el señor Fogg iba a salir de la estación, un policía se le acercó y le dijo:

—¿El señor Phileas Fogg?

—Yo soy.

—¿Este hombre es su criado? —añadió el policía.

—Sí.

—¿Quieren seguirme ambos?

El señor Fogg se abstuvo de hacer ninguna pregunta, lo que pudiese indicar su sorpresa. Aquel agente era un representante de la ley, y para cualquier inglés la ley es sagrada. Passepartout, con sus costumbres francesas, quiso pedir explicaciones, pero el policía le mostró la cachiporra.

El grupo de tres fue conducido hacia un palanquín, el policía de coche de cuatro asistentes tirado por dos ponis robustos, que en quince minutos, dio que duró alrededor de media hora.

Cruzaron, pues, primero, la “ciudad negra”, estrecha y miserable, en la que bullía una población cosmopolita de comerciantes, artesanos, marineros y soldados, con sus barracas llenas de ladillas, sombreada por cocoteros y cercadas por cañas de bambú, donde vagaban descalzos y harapientos nativos de múltiples caraduras;

Y luego la “ciudad blanca”, dentro de un edificio de apariencia sencilla. El policía hizo descender a sus prisioneros por unas escaleras de baldosas útiles y los condujo a una habitación califarse escasamente amueblada y les dejó con estas palabras:

—A las ocho y media comparecerán ustedes ante el juez Obadiah.

Después se retiró y cerró la puerta.

—Entonces, ¡eso no es preciso! —exclamó Passepartout,

derrumbándose sobre una silla.

—¡Señor, debe abandonarme! Es por mi causa por la que lo han apresado. Por haberme salvado —exclamó la señora Aouda.

—¿Perseguido por la historia del sutty? Imposible.

—Debe haber un error.

—Pero el barco zarpa a las doce —observó Passepartout.

—Antes del mediodía estaremos a bordo —respondió simplemente el impasible caballero.

A las ocho y media se abrió la puerta de la habitación y regresó el policía, quien condujo a los prisioneros a una sala de audiencia ocupada por un público bastante numeroso, compuesto de europeos e indígenas. El juez Obadiah entró casi inmediatamente, seguido del escribano. Se trataba de un hombre gordo como una pelota.

—La primera causa —dijo.

—¿Phileas Fogg? —dijo el escribano.

—Heme aquí —respondió el señor Fogg.

—¿Passepartout?

—¡Presente!

—Bien —dijo el juez Obadiah—. Hace dos días, señores acusados, que se los busca por todos los trenes procedentes de la ciudad de Bombay.

—¿Pero de qué se nos acusa? —exclamó Passepartout, impaciente.

—Hagan entrar a los querellantes.

A la orden del juez, se abrió una puerta y tres sacerdotes indios fueron introducidos por el ujier.

Los sacerdotes quedaron de pie frente al juez, y el escribano leyó en voz alta una querrela de sacrilegio, formulada contra el señor Phileas Fogg y su criado, acusados de haber violado un lugar consagrado por la religión brahmánica.

—¿Y qué tienen que decir ustedes? —preguntó el juez a Phileas Fogg.

—Sí, señor —respondió el señor Fogg, consultando su reloj—, y lo confesamos.

—¡Ah! ¿Confiesan usted...?

—Lo confieso, y espero que estos tres sacerdotes confiesen, por su parte, lo que querían hacer en la pagoda de Pillaji.

Los sacerdotes se miraron.
—¡En efecto! —exclamó impetuoso Passepartout— ¡en la pagoda de Pillaji! ¡Frente a la que iban a incinerar a su víctima!
—¡Nueva estupefacción de los sacerdotes, y profunda sorpresa del juez Obadiah!

—¿Qué víctima? —preguntó—. ¿Quemar a quién? ¿En qué pagoda?
—¡En Bombay! —exclamó Passepartout.
—¡En Bombay! —exclamó el escribano, poniendo un par de zapatos indios.

—¡Son míos zapatos! —exclamó Passepartout, quien sorprendido en extremo, no pudo contener aquella exclamación involuntaria.

Podrá adivinarse la confusión que embargaba al ánimo de amo y criado. En efecto, el agente Fix había comprendido perfectamente el partido que podía sacar de aquel arresto. Apenas autorizado, precipita su salida en doce horas y presentó a los sacerdotes de Malebar-Hill el demandar a Passepartout por haber profanado con sus zapatos los recintos sagrados. Les prometió una considerable indemnización, teniendo en cuenta que delitos semejantes se castigan en la India con una pena tal del desprecio, y mientras el sospechoso tren, se lanzaron en la liberación del juego. Pero, a su causa, fue la exposición a Calcuta arrastró a la joven viuda, Fix y los blindes ilegales de magistrados, advertir a Phileas Fogg y su criado, a los que los sacerdotes habían perdonado. Nos imaginamos la inquietud de Fix al descubrir todo.

Pero Phileas Fogg no había llegado a la capital de la India. Durante veinticuatro horas, en medio de mortales angustias, no dejó de vigilar la estación. Cuál no sería, pues, su alegría, cuando aquella misma mañana lo vio descender del vagón en compañía, es cierto, de una joven europea que no sabía como explicar. Inmediatamente se abalanzó sobre los policías, y así fue como el señor Fogg, Passepartout y la viuda del rajá del Bundelkund fueron conducidos ante el juez Obadiah.

—¿Admiten los hechos? —preguntó el juez, que había tomado nota de la confesión de Passepartout.

—Los admito —respondió firmemente el señor Fogg.

—Entendido —prosiguió el juez—. Teniendo en cuenta que la ley inglesa pretende proteger igual y rigurosamente las religiones de las poblaciones de la India, y puesto que ha sido confesado el delito por el

señor Passepartout condeno a su socio Passepartout a quince días de prisión y a una multa de trescientas libras.

—¿Trescientas libras? —exclamó Passepartout, completamente sensible a la multa.

—Y —añadió el juez Obadiah—, teniendo en cuenta que no ha sido probado materialmente que no haya existido conveniencia entre el criado y el amo, quien, en todo caso, debe tener por responsable de los hechos y gestos de un sirviente a sus expensas, se condena al susodicho Phileas Fogg a ocho días de prisión y ciento cincuenta libras de multa. ¡Escribano, pasemos a otra causa!

En Fix, en un rincón, experimentaba una satisfacción indecible. Passepartout estaba anonadado. Aquella condena arruinaba a su amo. Phileas Fogg, tan seguro de sí mismo en todo momento en que el tiempo le varíe con consigo, se vio en el momento en que el escribano convocaba a otra causa y dijo:

—Ofrezco fianza.

—Está en su derecho —respondió el juez.

Fix sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda, pero recobró todo su aplomo cuando oyó al juez fijar la fianza en una suma de mil libras.

En total, le iba a costar mil libras al señor Fogg su sanción en la India.

—La pago —dijo el caballero.

Y del bolso que llevaba Passepartout, retiró una resma de billetes de banco que depositó sobre la mesa del escribano.

—Esta suma le será restituida a su salida de la prisión —dijo el juez—.

Mientras tanto, están ustedes libres bajo fianza.

—¡Vámonos! —dijo Phileas Fogg a su criado.

—Pero, al menos, ¡que me devuelvan mis zapatos! —exclamó Passepartout con rabia.

Se le devolvieron sus zapatos.

El señor Fogg cogió un coche en el que la señora Aouda, Passepartout y él montaron inmediatamente. En tres rectas de coche, se detuvo muy pronto en uno de los muelles de la ciudad.

A media milla, en la bahía, estaba anclado el Rangoon, con el pabellón de salida en lo alto del mástil. Daban las doce de la mañana. El señor Fogg llegaba en hora.

En cuanto estuvo a bordo del buque y embarcarse en una con la señora Aouda y su criado, Pataleó de rabia sobre el suelo. —¡El muy miserable! —exclamó—. Generoso como un ladrón.

El Rangoon, una de las naves al servicio de los puertos de la China y el Japón, estaba construido de puro hierro, con hélice, y con un desplazamiento de poco más de mil setecientas toneladas. Igualaba al *Mongolia* en velocidad, si no en comodidades, por lo que la señora Aouda encontró un cómodo camarote donde Phileas Fogg la instaló. Sin embargo, el joven nunca se mostró demasiado exigente.

Durante los primeros días de aquella travesía, la señora Aouda pudo conocer mejor al señor Fogg. En todo momento le alababa con su más vivo reconocimiento. El impenetrable caballero la escuchaba, al menos aparentemente, con la frialdad de las frialdades, sin que una entonación o un gesto le mostraran en él la más ligera emoción. Se preocupaba de todos, sin charlar, al menos o escucharla. Cumplía con ella los deberes de la más estricta cortesía. La señora Aouda no sabía qué pensar, pero Passepartout le explicó un poco la excéntrica personalidad de su amo. La puso al corriente de cuál era el apuesto que llevaba a aquel caballero alrededor del mundo.

La señora Aouda confirmó el relato que le guiaba de su historia y su conmovedora historia. Pertenece a aquella raza primera en la escala social de los indígenas. Varios miembros suyos habían preferido grandes fortunas en la India, en especial del algodón. Uno de ellos, sir James Jejeebhoy, fue ennoblecido por el gobierno inglés, y la señora Aouda era pariente de aquel rico personaje que vivía en Bombay. Su tío era el honorable Jejeebh, un primo de sir Jejeebhoy, con quien esperaba reunirse en Hong Kong.

Aquella primera parte de la travesía del *Rangoon* se efectuó en excelentes condiciones. El tiempo era apacible y pronto se avistó la Gran Andaman, la principal de las islas de aquel archipiélago. Aunque lo rodearon desde muy de cerca, no se vislumbró nada de humanos que la poblaran.

Las islas Andaman son de formación plana, el paisaje es pintoresco de la magnífica. En pie latánias, aráceas, bambúes, nuez moscada, enormes bosques mimosas y helechos arbóreos centristas, todos ellos realzaban la elegancia salvaje de la naturaleza. Y, más lejos, se perfilaba una vegetación más montañosa. El *Rangoon* se dirigió rápidamente hacia el estrecho de Malaca, que le separaba del mar de la China.

—¿Qué hizo el inspector Fix, tan desgraciadamente embarcado a bordo del *Rangoon*, durante aquella travesía? Toda su ansiedad y sus esperanzas se centraban en un solo punto del mundo: el de Hong Kong. Allí esperaban detener a Phileas Fogg.

Cuando zarpara de Calcuta pudo comprobar la presencia del *Rangoon* sin ser visto por Passepartout, y esperaba ocultar su presencia hasta que el buque arribase a su punto de destino. Pero se vio obligado a reanudar relaciones con el muchacho a causa de la misma lógica de las circunstancias.

—¿Cómo ocurrió? Lo veremos.

El inspector de policía se encontraba sumido en la mayor de las confusiones, cuando la presencia de la señora Aouda a bordo del *Rangoon*, en compañía de Phileas Fogg le abrió nuevas perspectivas.

—¿Quién era aquella mujer? ¿Qué cúmulo de circunstancias hizo que ella la compañera de Phileas Fogg? Evidentemente, el encuentro se produjo entre Bombay y Calcuta. ¿No habrán emprendido aquel gentleman el viaje a través de la India con el sólo propósito de reunirse con aquella encantadora joven? Porque era realmente encantadora. Fix lo había comprobado en la sala de audiencias del tribunal de Calcuta. Se comprenderá hasta qué punto el agente estaba confundido. Se preguntaba si no habría detrás de todo aquel asunto un reparto criminal.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso debería ser! —todo aquello tenía un fin, tanto, prevenir a las autoridades inglesas y advertir a la tripulación del *Rangoon* antes de que Phileas Fogg desembarcara.

No obstante, antes de actuar y a fin de que estuviese mejor seguridad, Fix decidió interrogar a Passepartout. No contaba con mucho tiempo

que perder. Estaba a 30 de octubre, y al día siguiente el Rangoon debería hacer escala en Singapur.

Por tanto, aquella mismo día, Fix, asomado a su camarote, subió al puente con la intención de abordar a Passepartout. Este se paseaba por la proa cuando el inspector se precipitó hacia él, exclamando:

—¡Usted en el Rangoon!

—¡El señor Fogg es a bordo! —respondió Passepartout sorprendido—. ¿Es que también usted está dando la vuelta al mundo?

—No, no —respondió Fix—. Espero detenerme en Hong Kong. ¿Y su amo, el señor Fogg?

—Está perfectamente. No lleva ni un solo día de retraso. ¡Ah! —soríe Fix, usted no lo sabe, pero también viaja con nosotros una dama. Y Passepartout no se molestó en cubrir de su historia.

—Pero, a fin de cuentas —preguntó Fix—, ¿tiene su amo la intención de llevar a esa joven a Europa?

—En absoluto, señor Fix, en absoluto. Simplemente vamos a confiarla a uno de sus parientes, un rico mercante de Hong Kong.

—No hay nada que hacer —se dijo el detective, disimulando su rabia.

—¿Quiere una copa de ginebra, señor Passepartout?

—Con mucho gusto, señor Fix. ¡Lo menos que podemos hacer es brindar por nuestro encuentro a bordo del Rangoon!

Desde aquel día, Passepartout y el detective se vieron con cierta frecuencia, en el paseo se mantenía en una reserva total y no trató, en absoluto, de hacerle hablar. En cuanto a él, no volvió a decirle una sola mentira muy seriamente sobre aquel curioso azar de su paso. Bien, se hubiese creído estar ante un destino. Se trataba de una serie de coincidencias en el camino de su amo. El agente se veía acosado por esta brutal exaltación: aquellas monedas —las había guardado cuidadosamente— que el señor Fix saldría de Hong Kong al mismo tiempo que ellos, y probablemente lo seguiría en lo sucesivo. Por su parte, Passepartout Fix no era y no podía ser más que un agente lanzado tras las huellas del señor Fogg por los socios del Reform-Club, a fin de constatar que aquel viajero daba realmente la vuelta alrededor del mundo, y de ceñirse al itinerario previsto.

Passepartout, encantado de su descubrimiento, resolvió no decirle nada a su amo, pero prometió burlarse de Fix la primera ocasión que se le presentara, por supuesto sin olvidarse de su compromiso.

El miércoles 30 de octubre, al mediodía, el *Rangoon* embocaba el estrecho de Malacca, que separa la península del nombre de las tierras de Sumatra.

Phileas Fogg inscribió aquella anotación en la columna de ganancias, y en aquella ocasión, bajó a tierra acompañado de la señora Aouda, quien manifestó el deseo de pasearse en el exterior durante algunas horas. Fix, a quien cualquier acción de Fogg le parecía sospechosa, los seguía sin dejarse ver.

Un bonito carricoche, enganchado a esos caballos elegantes que fueron importados de Nueva Holanda, llevó a la señora Aouda y a Phileas Fogg a través de los mimosales, de palmeras y de claveros.

Después de haber recorrido el sector durante algunas horas, la señora Aouda y su acompañante —que miraba todo sin ver— regresaron a la ciudad, vasta aglomeración de edificios pesados, rodeados de hermosos jardines en los que crecían los mangostanes, las piñas y los mejores frutos del mundo.

A las diez regresaron al navío y a las once el *Rangoon* volvió a zarpar. Numerosos viajeros se habían embarcado en Singapur, entre indios, ceylaneses, chinos, malayos y portugueses, la mayor parte de los cuales ocupaban camarotes de segunda.

El tiempo, bastante bueno hasta entonces, cambió con el último cuarto de luna. Hubo mar gruesa. De vez en cuando el buque se veía forzado a parar. La culpa la tenía más bien el propio *Rangoon* que el estado del mar. En efecto, los barcos de la Compañía peninsular, que prestan sus servicios en los mares de la China, tienen un serio defecto de construcción. La relación entre su calado a plena carga y su puntal fue mal calculada, y por ello sólo ofrecen una resistencia muy débil a la mar.

Pero esta pérdida de tiempo que parecía no influir mucho en Phileas Fogg irritaba a Passepartout.

—Pero ¿tanto apuro tiene usted en llegar a Hong Kong? —le preguntó un día el detective.

—Mucho —respondió Passepartout—, un apuro terrible.

—Entonces, ¿ya cree usted en ese singular viaje alrededor del mundo?

—Totalmente.

—¿Y usted, no, señor Fix?

—¿Yo? No lo creo.

—¡Farsante! —respondió Passepartout, guiñándole un ojo.

Aquella palabra dejó al agente pensativo. ¿Había adivinado aquel francés? No sabía qué pensar.

Ocurrió que en otra ocasión el muchacho fue más resuelto.

—Veamos, señor Fix —preguntó con un tono malicioso—: ¿no es desagradable que separemos una vez llegados a Hong Kong?

—Pues —respondió Fix, desconcertado—, no lo sé.

—¡Ah! —dijo Passepartout—, si nos acompañara usted me sentiría realmente muy dichoso. Un agente de la Compañía peninsular no debería pararse en un punto que no es más que Bombay, y ya ve usted, muy pronto llegará a China. América no está lejos. Y de América a Europa no hay más que un paso.

Acabada la conversación, Fix respondió con evasivas a su camarote. Resultaba evidente que Passepartout lo había calado. Pensaba que, en el fondo, el francés estaba enterado de su cualidad de detective. Pero ¿lo estaba su amo? Por fin se resolvió, y resolvió confesar su condición. Si no detenía personalmente a Fogg en Hong Kong, él, Fix, se lo diría todo a Passepartout.

Durante los últimos días de la travesía, el tiempo fue bastante malo. El viento arreció. Soplaban del noroeste, lo que dificultaba la marcha del navío.

Durante las jornadas del 3 y el 4 de noviembre, el *Rangoon* se vio notablemente reducido y pudo estimarse que, si la tormenta no se calmaba, llegarían a Hong-Kong con veinticuatro horas de retraso sobre la hora reglamentaria, o incluso más todavía.

Phileas Fogg presenciaba aquel mar embravecido, impasiblemente. Nada parecía tener contra él, con su habitual mismísima manera. Aquella tormenta lo llenaba de satisfacción.

En cuanto a Passepartout, podemos imaginarnos cómo en su disimulada cólera soportó aquella prueba. Permaneciendo sobre cubierta durante toda la borrasca. No habría podido quedarse abajo; trepaba a los mástiles; sorprendía a la tripulación ayudándolos a todos con su agilidad de mono.

Por fin, la tormenta cedió durante la jornada del 4 de noviembre y el *Rangoon* prosiguió su marcha a una velocidad maravillosa.

Pero no podía recuperar todo el tiempo perdido. Había que resignarse, y no avistaron tierra hasta el día 6, a las cinco de la mañana. El itinerario de Phileas Fogg indicaba la arribada del buque el día 5. Y no llegaban más que el 6. El se había, necesariamente, frustrado.

Cuando a las seis de la tarde, subió el práctico a bordo, se supo que el vapor llevaba retraso. Hay que reconocer que a Phileas Fogg si no se hubiera mezclado singularmente favorable con la ocasión al azar se hubiese visto forzado a reparar sus calderas, el *Carnatic* habría zarpado el 5 de noviembre. El vapor que efectúa la travesía del Pacífico desde Yokohama hasta San Francisco, sin escalas en correspondencias directas, era el que debía tomar Fogg y no podría zarpar en peligro de que éste arribase. Hong Kong es que el *Carnatic* no amarró en el desembarcadero de Hong Kong y no se encontraba en el puerto. En aquel momento eran las nueve de la mañana, el señor Fogg contaba con diecisiete horas para ocuparse de sus asuntos, es decir, con el tiempo que necesitaba para conducir hasta el hotel, donde se encontraba la señora Aouda. Así, al desembarcar del *Rangoon*, se dirigió directamente al Hotel del Club, el caballero les pidió que lo condujeran hasta el mismo. Allí recibió la información de que el comerciante parsi había marchado rumbo a China.

Phileas Fogg regresó al Hotel Club y los empleados le anunciaron de inmediato la segunda desilusión: se le comunicó que el honorable Jejeeh ya no residía en Hong Kong y se había establecido en Holanda.

—¿Qué debo hacer, señor Fogg? —dijo la dama dulcemente.

—Es muy sencillo —respondió el gentleman—. Venirse a Europa.

—Pero no puedo abusar...

—Usted no abusa, y su presencia no cambia en absoluto nuestros

planes, señora Passepartout! Vaya al *Carnatic* y reserve tres camarotes.

Passepartout, encantado de poder continuar el viaje en compañía de la joven, salió corriendo del Hotel Club.

Hong Kong no es más que un islote al que el tratado de Nankíng, desde las guerras de 1842, cedieron soberanía a Inglaterra. El islote fue un puerto de comercio donde Gran Bretaña fundó una ciudad importante y creó el puerto Victoria. Aquella isla está situada en la desembocadura del río Cantón, y tan sólo la separan sesenta millas de la ciudad portuguesa de Macao, edificada sobre la orilla izquierda del río. Necesariamente, Hong Kong debería vencer a Macao en la lucha por el control del comercio, y en la actualidad, la mayor parte del tránsito chino se lleva a cabo a través de la ciudad inglesa.

Passepartout se dirigió hacia el puerto Victoria. Una vez allí, se dirigió al muelle de embarque del *Carnatic*, en este lugar se encontró con Fix, que se paseaba de un lado para otro, lo que no lo sorprendió demasiado.

—Buenos días, señor Fix, ¿ha decidido ya venirse con nosotros a América? —preguntó Passepartout.

—Sí —respondió Fix entre dientes, puesto que la orden de detención no había llegado.

—¡Vamos! —exclamó Passepartout, dejando un oro saludo carcajada—. Ya sabía yo que no podría usted abandonarnos. ¡Venga a reservar su pasaje!

Y se dirigieron juntos a la oficina de transportes marítimos y reservaron camarotes para cuatro personas. Pero el *Carnatic*, les dijo el jefe, habiéndose acabado ya toda la carga, el buque zarparía aquella misma noche a las ocho y...

—¡Excelente! —respondió Passepartout—. Eso le encantará al señor Fogg. Voy a avisarle.

Recurrió de inmediato a la oficina a emplear su último recurso. Se lo dijo tanto a Passepartout. Tal vez fuese aquella su última esperanza de detener a Phileas Fogg en Hong Kong...

Al salir de la oficina, Fix ofreció a su compañero tomar un refresco en una taberna y Passepartout, que tenía tiempo más que suficiente, aceptó la invitación de Fix. Había una taberna en el mismo muelle. Se trataba de un amplio salón bien decorado. Algunos consumidores vaciaban grandes vasos de cerveza inglesa, otros, jarros de licores ardientes. Fix ordenó una cerveza inglesa, mientras que de ellos fumaban en sus largas pipas de arcilla, abundantes de botellas de opio mezclado con esencia de rosas.

Fix y Passepartout comprendieron que habían entrado en un fumadero frecuentado por aquel tipo humano de Oriente que anualmente venía un total de doscientos sesenta millones de francos de aquella droga. Passepartout, sin saber lo que consumía, aceptó gustoso la "delicadeza" de su compañero, esperando desenvolverse en otra ocasión.

Pidieron dos botellas de oporto, a las que el francés no les debió los honores. Fix, que no había apartado sus ojos de su compañero con extrema atención. Charlaron de diversos sucesos, y luego, viendo las botellas vacías, el francés se levantó para volver al hotel.

—Fix lo retuvo.

—Un instante —dijo.

—¿Qué tiene usted que decirme...? —preguntó Passepartout.

Fix bajó el tono de su voz.

—¿Está dispuesto a servir a su país?

—¡Vamos! —dijo Passepartout sonriendo—. ¿Quiere usted que le ayude a detener a mi amo?

—¿Ayudarlo? —exclamó Passepartout, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Sí, ayudarme a retener al señor Fogg durante unos cuantos días en Hong Kong.

—¿Cómo? —exclamó Passepartout—. ¿Qué dice usted? ¿Cómo? ¿Así es que esos caballeros, no satisfechos con abandonarlo a mi amo, con sospechar de su lealtad, quieren, ahora ponerle obstáculos en el camino? Me avergüenzan.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Fix.

—Quiero decir que se trata de la más pura y simple falta de dignidad.

¿Qué trampa es ésta? —exclamó Passepartout, parando, y que él debía sin darse cuenta. ¡Hacer eso con sus caballeros! ¡Unos colegas!

Fix comenzaba a no entender nada de nada.

—Pero ¿quién se cree usted, entonces, que soy yo? —preguntó Fix, mientras miraba fijamente a Passepartout.

—¡Vamos! Que un agente de los miembros del Reform-Club, que tiene como misión controlar el itinerario de mi amo, lo cual es especialmente humillante.

—¿Él no le ha dicho nada? —preguntó Fix, ávidamente.

—Nada —respondió Passepartout, al tiempo que vacilaba otra vez su vaso.

El inspector de policía se pasó la mano por la frente.

—¿Qué debía hacer? Y bien —se dijo—, puesto que no es una decisión extrema. El detective tomó por segunda vez la palabra:

—Escuche —le dijo Fix improvisadamente—. Soy un inspector de policía encargado de una misión por la administración metropolitana. La supuesta del señor Fogg no es más que un engaño, en el que ha caído usted tanto como sus colegas del Reform-Club, ya que él tenía la necesidad de asegurarse la complicidad suya, sin que usted se enterara.

—¿Pero por qué...? —exclamó Passepartout.

—Escuche. El 28 de septiembre pasado fue cometido un robo de cincuenta y cinco mil libras en el Banco de Inglaterra, y el individuo cuya descripción coincide, rasgo por rasgo, con la del señor Fogg.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Passepartout—. ¡Mi amo es un hombre honrado del mundo!

—¿Quiere usted ser detenido, entonces, por complicidad?

Passepartout se cogió la cabeza entre ambas manos.

—En fin, ¿qué quiere usted de mí? —preguntó el agente de policía, conteniéndose gracias a un supremo esfuerzo:

—Necesito que me ayude a detenerlo en Hong Kong...

—Y que me ayude a recomprar esos dos mil libras ofrecidos por el Banco de Inglaterra.

—¡Nunca! —respondió Passepartout, que quiso levantarse de nuevo desde su silla—. ¡Aunque todo me lo pidiera, me haría de nuevo... lo he visto bueno y dueño! ¡Traición nunca, nunca, ni por todo el oro del mundo!

—¿Se niega usted?

—Bien. Admitamos entonces que no he dicho nada

—Bién. Admitamos.

—respondió Fix, cuya voz cada vez más embriagado. Fix, comprendía que era necesario separarse si se encontraban en una situación comprometida. Fix puso una en la mesa unas cuantas pipas cargadas de opio. Fix puso una en la mano de Passepartout, quien se la llevó a la boca, aspiró unas cuantas bocanadas, y cayó, con la cabeza aturdida por el narcótico.

Lo que pensó el señor Fogg al enterarse que su criado no regresó al hotel en toda la noche, nadie pudo decirlo. El señor Fogg se contentó con coger su bolso de viaje, avisar a la señora Aouda y enviar a buscar un mozo.

Media hora más tarde los viajeros llegaron al muelle de embarque, y allí el señor Fogg se enteró de que el *Carnatic* había zarpado la víspera. Pero ninguna señal de su criado apareció sobre su rostro.

En aquel momento, un personaje que lo observaba con toda atención, se le acercó. Se trataba de Fix, quien los saludó y dijo: —¿No es usted, como yo mismo, señor, uno de los pasajeros del *Rangoon*, llegado ayer? —Sí, señor —respondió firmemente el señor Fogg—. Pero no tengo el honor... —Disculpe la pregunta, ¿contaban ustedes partir en ese barco? —Sí, señor. —Yo también y heme aquí muy contrariado. El *Carnatic*, una vez finalizadas las reparaciones, zarpó de Hong Kong doce horas antes de previsto sin haber avisado a nadie; y ahora será preciso esperar la próxima salida, en ocho días más.

Al pronunciar aquellas palabras, “ocho días”, Fix sintió cómo su corazón saltaba de alegría. ¡Ocho días!

—He aquí otros buques que parten de Hong Kong a otros navíos, aparte del *Carnatic* —respondió tranquilamente el inglés.

Y el señor Fogg, después de ofrecer su brazo a la señora Aouda, se dirigió hacia los muelles a la búsqueda de un buque que estuviese aparejado para zarpar.

Fix, asombrado, los seguía. Si hubiera dudado que su invisible móvil lo ataba a aquel hombre...

En la entrada del antepuerto Phileas Fogg fue abordado por un marino, quien le recomendaba su barco de práctico, el número 43, el mejor de la flotilla. —¿Aceptaría usted llevarme a Yokohama? —dijo el señor Fogg. El marino, al oír aquellas palabras, abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Su Señoría está bromeando? —dijo. —No. Perdí el *Carnatic*, y es necesario que este día, a más tardar, el día 14 en Yokohama, para embarcarme en el buque de San Francisco. —Lo siento, pero es imposible. —Le ofrezco cien libras diarias, y una prima de doscientas libras si llegamos a tiempo. —Hablaba usted en serio? —preguntó el piloto. —Totalmente —respondió el señor Fogg.

El marino se sentó aparte y estuvo murmurando durante unos instantes. Luego se acercó nuevamente al caballero. —Mire, Señoría, no puedo comprometer en peligro ni a mis hombres, ni a mí, ni a usted mismo, en una travesía tan larga con un barco de veinte toneladas, y en esta época del año. Además, no deseáramos tomar ese rumbo. Tenga usted el extremo sur del Japón, a unos mil cien millas de aquí, o incluso a Shangai, a ochocientas millas de Hong Kong, no nos alejáramos demasiado de la costa china, lo que supondría una gran ventaja, tanto más si tenemos en cuenta que las corrientes se dirigen hacia el norte.

—Piloto —respondió Phileas Fogg—, es en Yokohama donde debo embarcarme, y no en Shangai o Nagasaki.

—¿Pero por qué no? —respondió el piloto—. El buque de San Francisco no parte de Yokohama. Hace escala en Yokohama y Nagasaki, pero su puerto de partida es Shangai.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Totalmente. El buque de Shangai zarpa el día 11 a las siete de la tarde. Tenemos, por tanto, cuatro días por delante. Cuatro días con noventa y seis horas, y con una velocidad de ocho millas por hora, un

poco de suerte, y si el viento sopla del sureste y el mar está en calma, será bastante para recorrer las ochocientas millas que nos separan de Shangai.

—¿Cuándo podría usted zarpar?

—En una hora.

—¿Cerrado el trato...? ¿Es usted el patrón del barco?

—Sí. John Bunsby, patrón de la *Tankadére*.

—Tenga doscientas libras a cuenta. —Se acercó entonces Phileas Fogg, volviéndose hacia Fix—, ¿si desea aprovechar la ocasión...?

—Señor —respondió Fix, resueltamente—, iba a pedirle ese favor.

—Bien. En media hora nos encontraremos a bordo.

—Pero ese pobre muchacho... —dijo la señora Aouda, a quien la desaparición de Passepartout inquietaba vivamente.

—Voy a hacer por él todo lo que esté en mis manos —respondió Phileas Fogg.

Daban las tres de la tarde. El barco de práctico número 43, con la tripulación a bordo y los víveres embarcados, estaba dispuesto a aparejar.

El casco de la *Tankadére* era una agradable visión en términos de desplazamiento. Su tripulación goleó a veinte millas por hora. John Bunsby, cuyo conocimiento profundo de la costa le hacía uno de los más expertos prácticos, era de esos célebres marineros intrépidos que, como coléricos, raramente se equivocan. A las tres y diez se izaron las velas. La bandera inglesa flotaba y las velas se desplegaban. Los pasajeros ya se encontraban sentados en el puente. El señor Fogg ya se había informado cuando una última mirada al muelle, que no logró hacer aparecer a Passepartout. Fix estaba inquieto, pero el francés no apareció.

Por fin la *Tankadére* salió mar adentro. Durante las veinte últimas horas de aquella jornada, la goleta navegó a través de los caprichosos pasos de Hong Kong admirablemente. Luego, cayó la noche. La luna entró en su primer cuarto. Pero su luz, insuficiente, se apagó pronto tras las brumas del horizonte. Algunas nubes, procedentes del este, invadían ya una parte del cielo.

Fix soñaba a proa de la embarcación. Se mantenía aparte, pues sabía que Fogg de un momento a otro lo sabría. Además, le repugnaba dirigirse a un hombre cuyos servicios esperaba. Pensaba también en el futuro. No le cabía duda de que el señor Fogg no se quedaría en Yokohama, sino que se embarcaría inmediatamente en el navío de San Francisco para alcanzar América, cuya vasta extensión le garantizaría la impunidad y la seguridad. El plan de Phileas Fogg le parecía de lo más sencillo.

Por su parte, Phileas Fogg no dejaba de pensar en su criado, tan extrañamente desaparecido. Después de haber reflexionado sobre el asunto no le pareció imposible que el muchacho, a consecuencia de un malentendido, se hubiese embarcado en el *Carnatic* en el último momento. Esta era también la opinión de la señora Aouda, que comprendía mejor que nunca aquel honrado servidor, al que tanto debía.

Al día siguiente, el 8 de noviembre, al amanecer, la goleta había recorrido unas cien millas. Durante toda aquella jornada la *Tankadére* no se alejó sensiblemente de la costa, ya que sus corrientes le eran favorables.

Hacia el mediodía, la brisa calmó un poco y sopló del sureste. El piloto mandó izar las velas, pero al cabo de dos horas fue necesario bajarlas, ya que el viento arreciaba de nuevo.

El señor Fogg y la joven, felizmente poco propensos al mareo, comieron con apetito las conservas y los bizcochos a bordo. Fix fue invitado a compartir su comida y tuvo que aceptar, pues sabía perfectamente que es tan necesario llenar con peso el estómago como los mares, pero aquello era algo que le hería profundamente.

En las primeras horas de la madrugada, la *Tankadére* se adentró en el estrecho de Fo-Kien, que separa la isla de Formosa de la costa de China, y atravesó el trópico de Cáncer. El mar era muy fuerte en aquel lugar, estaba lleno de remolinos formados a causa de las contracorrientes. Más tarde, se hizo más difícil mantenerse en pie sobre el puente. Antes del amanecer el viento volvió a arreciar. El cielo anunciaba tormenta.

El piloto examinó largo tiempo el mal aspecto del cielo, y murmuró entre dientes cosas prácticamente ininteligibles.

En un momento determinado se acercó de su pasajero, le dijo en voz baja:

—Vamos a tener una buena tormenta.

—¿Vendrá del norte o del sur? —preguntó, simplemente, el señor Fogg.

—Del sur. Es un tifón del sur, puesto que nos encontramos en noviembre.

—Bienvenida sea —respondió el señor Fogg.

—Al que no la toma así —respondió el piloto—, no hay modo de que lo usen.

El piloto tomó sus precauciones de antemano. Durante toda la jornada la goleta corrió a velocidad fantástica, hacia el nordeste. La vela solo era los monstruosos. Veinte veces se creyó que iba a ser sepultada por una ola bajo el golpe de timón, que no se aventuraba a popa; pero un hábil golpe de timón, de acuerdo al piloto, evitaba la catástrofe. Los pasajeros, que habían sido abandonados el puente, se encontraban en las cofas, cerradas como vientres de madera, donde no podía entrar el agua. En tales postes, situados en algún lugar, pero inenarrable Aouda, con la mirada fija en su compañero, sentía gran fe y le admiraba. Le sostenía la esperanza de que si desafiaba a la tempestad permaneciendo en calma. En cuanto a Phileas Fogg, permanecía como si hubiese programado aquel tifón.

Hasta entonces, la *Tankadére* se mantuvo rumbo al norte; pero al atardecer, como cabía temer, el viento giró. Empezó a soplar con fuerza del nordeste. La goleta, embestida de costado por las olas, fue terriblemente sacudida.

Con la llegada de la noche la tormenta siguió arreciando y durante la noche fue realmente terrible; era un auténtico milagro que la goleta no naufragara. Dos veces estuvo a punto de volcar. La señora Aouda estaba deshecha, pero no dejó escapar una sola queja. Más de una vez, el señor Fogg debió precipitarse hacia ella para protegerla de la violencia de las olas.

Hasta el día de hoy. La tormenta se mantenía todavía con gran potencia. Sin embargo, el viento volvió a soplar del sureste y la *Tankadére* prosiguió su rumbo sobre aquel mar embravecido.

Al mediodía hubo algunos síntomas de calma. La corta duración de la tormenta se debió a su misma violencia. Los pasajeros, totalmente destrozados, pudieron comer algo y reposar un poco. La noche fue relativamente apacible.

Al día siguiente, el 11, al amanecer, John Bunsby, tras reconocer la costa, pudo afirmar que estaban a menos de cien millas de Shangai. ¡Y sólo les quedaba esa jornada para recorrerla!

A bordo reinaba la mayor inquietud. Quería llegar a cualquier precio. Todos -exceptuando a Phileas Fogg, sin duda alguna- sentían que su corazón latía de impaciencia.

Fue entonces cuando vieron aparecer sobre las aguas el buque americano que zarpaba a la hora prefijada.

—¡La señal! —dijo sin alzo Phileas Fogg. La *Tankadére* tenía un pequeño cañón de bronce. Servía para hacer señales en medio de las grandes nieblas.

—¡La niebla! —dijo en media asta. —Se trataba de una señal de socorro.

—¡El vapor! —dijo el señor Fogg.

Y la detonación del pequeño cañón sacudió el aire. Los que se hallaban en el *Carnatic*, que habían zarpado a las doce de Hong Kong, vieron salir de una de las nieblas un hombre desgarrado y bamboleante.

Era el 7 de noviembre por la noche. Sucedió lo que he de contar.

Unos minutos después, Fix hubo descendido del *Carnatic* con su persona. Siempre luchando contra el equilibrio, entre cañonazos y atronamientos, llegó junto a aquel que estaba a punto de zarpar y se lanzó sobre la pasarela de carga. Una vez a bordo, recorrió los pasillos del *Carnatic* largando las amarras. He aquí por qué aquella mañana el señor Fogg, a pesar de su reserva, a pleno pulmón y recordaba las

palabras del guía parsi: “una pequeña dosis de opio, etc.”. ¿Debería Passepartout contar todo aquello a su amo? Sin duda. O quizás bastaría con mostrarle la boleta de embarque del *Carnatic*, que le había seguido un inspector de policía. Por el momento debía excusarse con su conducta ineficaz. Sin embargo, en cuanto los otros narraron al señor Fogg ni a la señora Aouda y cuando, removi6 la lista e inspeccion6 todos sus nombres, de que la hora de salida del *Carnatic* habfa sido adelantada y que no se lo habfa advertido.

Finalmente, despu6s de la natural ofuscaci6n, Passepartout recuper6 su sangre frfa y estudi6 la situaci6n. Alg6n dfa Fix se lo pagarfa. Por el momento tenfa su pasaje.

y su comida pagados por adelantado y cinco o seis dfa por delante para tomar una decisi6n. Lo que comi6 y bebi6 durante aquella travesfa serfa diffcil de describir. Lo hizo convencido de cualquier comestible, y esto, principalmente, porque, al bajarse sin Fogg en tierra japonesa, ya no tendrfa dinero ni motivaciones.

El dfa 13 en la ma6ana, el *Carnatic* entr6 en el puerto de Yokohama. Passepartout baj6 sin ning6n entusiasmo sobre aquella tierra tan curiosa de los Hijos del Sol. No tenfa que hacer m6s que dejarse llevar por el azar, y aventurarse por las calles de la ciudad.

Es cierto que le quedaba a6n un recurso, el de presentarse ante los agentes consulares ingl6s o franc6s establecidos en Yokohama; pero le repugnaba contar su historia, que estaba fntimamente ligada a la de su amo, y antes de llegar a utilizarlo, querfa agotar todos los recursos.

Decidido esto, se intern6 en la ciudad. Despu6s de haber recorrido la parte europea de ella sin que el azar le prestase un amparo, se adentr6 en la parte japonesa, decidida, si era necesario, a llegar hasta Yedo. Allf se vefan admirables avenidas de abetos y cedros, puertas sagradas de una extra6a arquitectura, puentes escondidos en medio de bamb6es y resaltes, templos abrigados bajo la inmensa y melanc6lica cobertura de cedros seculares, boneterfas en las que vegetaban los padres del budismo y los sectarios de la religi6n de Confucio. En las calles no habfa m6s que un hormiguero, un vaiv6n incesante: los bonzos pasaban en procesi6n al tiempo que golpeaban sus mon6tonos tambores; soldados vestidos con trajes de algod6n azul con rayas blancas, y armados con

fusil de percusión; hombres armados del *mikado*, embutidos en sus mantos de seda, con cada de mallas, y otros muchos militares en toda condición.

Passepartout se paseó durante varias horas en medio de aquella muchedumbre y del ambiente que se encontró de un país completamente, en medio de los arrozales. En su hambre, no logró encontrar nada comestible que no estuviera protegido por un cerco de bambú.

A las seis de la tarde, cansado y hambriento, se dijo que necesitaba comer a cualquier precio. Pensó vender su reloj. Se lo desechó al momento. Así fue como se deshizo de sus vestidos y adquirió un pobre atuendo japonés, pero una bolsa y moneditas para saciar su hambre. Después volvió al muelle y mientras reflexionaba su mirada se posó en un inmenso anuncio.

Compañía Acrobática Japonesa del Honorable William Batulcar

¡Últimas presentaciones antes de su salida para los EE. UU.!

Era lo que Passepartout necesitaba, viajar a Estados Unidos, y llegó el momento preciso ante el honorable Batulcar, quien necesitaba un hombre fuerte para el espectáculo de los “narigudos”. La “pirámide humana”. Estos acróbatas, vestidos como heraldos de la Edad Media, se distinguían especialmente por sus largas narices —en verdad eran de bambú—, sobre cuyos cuerpos llevaban a cabo todos sus ejercicios.

No es necesario decir que Passepartout no tuvo el tino de ensayar con sus compañeros cuando se vio enfrentado al público entre aplausos estrepitosos. Pronto estuvo de espaldas en el suelo, con la nariz ligada al codo de un chino, y comenzó a formarse la pirámide humana. Entonces una de las narices abandonó su lugar y el monumento humano se desmoronó, como un castillo de naipes mientras Passepartout caía a los pies de un espectador exclamando:

—¡Mi amo! ¡Mi amo!

Apenas Phileas Fogg y la señora Aouda reconocieron a Passepartout corrieron por los pasillos, con el penoso muchacho, en dirección al

barco. El señor Fogg logró apurar la firma del honorable Batulcar que exigía una indemnización de unos cuantos billetes de banco. Y a las seis y media, el *Carnatic* se disponía a zarpar. Los tres pasajeros se embarcaron a bordo, Passepartout aún con la nariz de sus pies de trapo aturdida.

Lo que ocurrió cerca de la desembocadura del Shatsí se comprende fácilmente. La *Tankadère* se retiró de inmediato luego que siguió su rumbo a Nagasaki y Yokohama, de modo que el señor Fogg, Aouda y Fix, quedaron librados, los tres, y pudieron continuar con el itinerario fijado.

El día 14 de noviembre, el *Carnatic* salía de Hong Kong a la hora reglamentaria. Inmediatamente el señor Fogg se dirigió al *Carnatic*, donde le informaron que uno de los criados de Passepartout había llegado la víspera con dos amigos, y que estaban todos en la misma ciudad; ahora era cosa de encontrarse.

Phileas Fogg, que, al día de salir aquella tarde para San Francisco, se puso en alto a la búsqueda de su criado, recorrió inútil las calles de Yokohama y por la noche regresó sin resultados. Un presentimiento le hizo entrar a un bazar, donde se exhibía un espectáculo de acrobacia, y allí fue cuando lo vio. Desde allí, lo observó con detenimiento, y no pudo evitar su alegría y dijo en voz baja que lo que le seguía.

Es lo que hizo que Passepartout subiera con la señora Aouda, quien le relató, después, cómo relataron el tramo entre Hong Kong y Yokohama, en compañía de su señor Fix, sobre la goleta *Tankadère*.

Al escuchar el nombre de Fix, Passepartout ni siquiera protestó. Él se había olvidado de todo lo que le había sucedido a su amo con todo lo que le ocurrió con el inspector de policía. Así es que se echó a su misma pierna sin poder moverse por la embriaguez del opio. El señor Fogg escuchó todo en silencio. Sin responder nada; después, abrió a su criado lo decidido necesario para que pudiera proseguir con su itinerario hacia América.

El barco que realizaba la travesía de Yokohama a San Francisco pertenecía a la compañía del Pacific Mail Steam y se llamaba *General Grant*. Se trataba de un gran vapor, propulsado a ruedas, muy bien

acondicionado y muy veloz. Con sus doce nudos, el navío no debería emplear más de veintidós días en la travesía a través del Pacífico. Phileas Fogg tenía, por tanto, que pensar que, después de haber llegado el 11 de diciembre a San Francisco, se encontraría el 11 en Nueva York, y el 20 en Londres, anticipándose, por lo tanto, en algunas horas a la fecha fatal del 21 de diciembre.

Durante aquella travesía no se produjo ningún incidente de naturaleza. El señor Fogg estaba solo en su camarote y comía muy comunicativo como de costumbre. Su joven acompañante sentía cada vez más atada a aquel hombre, y por lazos muy diferentes a los del agradecimiento. Aquella naturaleza seria, casi austera, pero tan generosa, en definitiva, le impresionaban mucho más que lo que ella misma pudiera creer, y casi sin darse cuenta, iba abandonándose a unos sentimientos a los que el enigmático Fogg no parecía prestar atención alguna. En cuanto a él, la señora a menudo hablaba con Passepartout, quien, también, había comenzado a entender la verdad en el corazón de ella.

Dos días después de haber zarpado de Yokohama, Phileas Fogg llevaba recorrido, exactamente, la mitad del globo terrestre. En efecto, el 23 de noviembre, el *General Grant* cruzaba el meridiano ciento ochenta, que es en el que se encuentra, en el hemisferio austral, las antípodas de Londres. De los ochenta días de que el señor Fogg disponía, en la cuenta que ya había empleado cincuenta y dos, y no obstante, su amo decía que el caballero solo tenía que encontrar la mitad del camino de acuerdo con “la diferencia de meridianos”, es decir, que ya había recorrido más de las dos terceras partes de la ruta total.

No obstante, aquel mismo 23 de noviembre, Passepartout sintió una gran satisfacción. Recordaremos cómo su imaginación estaba continuamente en la hora de Londres en su reloj, que no había sido corregido desde su partida.

Ocurrió que, aquel día, y pese a que el corazón de su reloj ni erraba, su reloj no se había modificado con los diferentes meridianos.

No sospechaba que se sintiese triunfante. Y le hubiese gustado saber por qué Fix habría podido decirle si se lo hubiese preguntado.

Passepartout se repetía que, si la esfera de su reloj, al igual que el de los relojes italianos, no hubiese estado dividida en veinticuatro horas, no habría tenido ningún motivo para sorprenderse.

Así, mientras los pasajeros del buque no sintieron que hubiese vientos favorables, pues las aguas, es decir, la vigésimo primera parte de la travesía no tuvo incidente, cuando a bordo, eran casi las doce de la mañana, diferenciada precisamente igual a la que se presentaba en Londres y el meridiano ciento ochenta. Y Passepartout no hubiese admitido que Fix se lo explicase.

Fix estaba, precisamente, a bordo del *General Grant*. La decepción del detective había sido grande. La orden de detención no había llegado, y ahora necesitaba una orden de extradición. En aquel momento, no parecía indicar que el inglés estaría burlado de la policía y se dispusiera a regresar a París. Ese indicio lo hizo embarcarse.

Fue allí, a bordo del *Grant*, que a pesar de sus precauciones, temió por encontrarse con el francés, en la proa del buque.

Al reconocerlo, Passepartout saltó a la garganta de Fix, y sin ninguna explicación le dio al desgraciado inspector una soberbia paliza. Fix se levantó en bastante mal estado, y, mirando a su adversario, le dijo fríamente:

—Usted me ha golpeado. Está bien. Pero ahora, esto... está bien. Hasta aquí lo sido el adversario del señor Fogg. Pero a partir de ahora estoy dispuesto a ayudarlo.

—¿Por fin lo cree usted un hombre honrado?

—No —respondió Fix—, lo creo un pillo... Mientras el señor Fogg se encontró sobre posesiones inglesas, mi interés estaba en retenerlo en tanto esperaba su orden de detención. Pero ahora el señor Fogg parece querer regresar a Inglaterra. Yo lo seguiré. A partir de este momento, intentaré apartar los obstáculos de su camino con tantas ganas como antes le puse en acumularlos.

Passepartout escuchó a Fix con atención, y se convenció de que le hablaba con toda sinceridad.

—Entonces, ¿somos amigos? —le preguntó Fix.

—Amigos, no —respondió Passepartout—. Pero aliados, sí. A la menor sospecha de traición, le retorceré a usted el pescuezo.

Eran las siete de la mañana cuando Phileas Fogg, la señora Aouda y Passepartout pusieron pie sobre el continente americano. El señor Fogg no había perdido ni ganado un solo día.

Tan pronto como desembarcó, se informó sobre la hora de salida del primer tren para Nueva York. Era a las seis de la tarde. El señor Fogg tenía, por tanto, toda una jornada por delante para visitar la capital californiana. Hizo venir un coche para él y la señora Aouda. Passepartout se montó a un lado del cochero, y el vehículo, por tres dólares la carrera, se dirigió hacia el International-Hotel.

Desde el lugar elevado que ocupaba, Passepartout examinaba con curiosidad aquella gran ciudad americana: anchas calles, casas bajas y bien alineadas, aljibes y templos enormes, un bosque colosal, muelles inmensos, depósitos de carbón, máquinas elevadoras, gigantescos coches, ómnibus y tranvías. Aun se le sintió bastante impresionado por el hecho de que todavía andaba por una imagen de la ciudad ligeramente asociada con la idea de bandidos, incendios y motines de 1849, las diligencias de las pepitas de oro, combates indios, llegadas de la búsqueda de un tal Elra. Pero aquellos "buenos tiempos" habían pasado. San Francisco era hoy una "venerable" de una gran capital comercial.

Cuando Passepartout bajó en el International-Hotel, le pareció como si no hubiese abandonado Inglaterra.

Resultaron frente al hotel en carruaje de rieles. Después de desayunar, Phileas Fogg, acompañado por la señora Aouda, pidió información para dirigirse a las oficinas del *Herald* con el fin de obtener el timbre de la visa. En la estación de policía, un señor bastante grueso, quien le preguntó si, antes de coger el tren, los tres preferían comprar unas carabinas de recarga y revólveres Colt. Passepartout había oído hablar de los sioux y los pawnees, que asaltaban los trenes con la misma serie de cuadrillas bandoleros españoles. El señor Fogg le respondió que se trataba de una recomendación inútil, pero lo dejó en libertad de hacer lo que creyese más conveniente.

Todavía Phileas Fogg no había caminado ni doscientos metros cuando, "por la mayor de las casualidades", se encontró con Fix. El inspector se mostró extremadamente sorprendido, pero también agradado de

proseguir el viaje en tan agradable compañía y pidió permiso para visitar aquella curiosa ciudad junto con ellos. Phileas Fogg le respondió que el honor sería para él. Y he aquí cómo la señora Aouda, Phileas Fogg y Fix se paseaban por las calles.

Muy pronto se encontraron en Montgomery-Street, donde la afluencia de público era muy grande. Banderas y banderolas flotaban al viento. Los gritos resonaban por todas partes.

—¡Viva Kamerfield!

—¡Viva Mandiboy!

Se trataba de un mitin. Fix inmediatamente aconsejó al señor Fogg que se retirara del lugar y al gentleman le pareció muy acertado. En aquel momento se produjo un movimiento inesperado entre la multitud. Todas las manos se alzaban al aire. Phileas Fogg se disponía a preguntar a uno de sus vecinos cuál era la razón de aquella efervescencia popular cuando se echó encima los más tumultuosos. Los “vivas” se transformaron en injurias, botas y zapatos volaron por el aire y los adversarios se mezclaron en los golpes. La señora Aouda temblaba. Fix que observaba cómo en algunos lugares se hacían fuego los piquetes quiso apresurar el retiro. Pero una mala broma los envolvió con su torbellino, y un inmenso hombre, de tez bronceada y barba rojiza levantó su terrible puño hacia Phileas Fogg y el caballero hubiera sido mal parado si Fix no le hubiese interceptado y recibido el golpe con abnegación.

—¡Yankee! —dijo el señor Fogg con desprecio.

—¡Englishman! —respondió el otro.

—¿Nos volveremos a encontrar?

—Cuando guste. Mi nombre es Coronel Stamp W. Proctor.

—¡El mío Phileas Fogg!

Una vez dicho esto, el tumulto humano pasó. Fix se levantó con el traje destrozado y algunos moretones. El señor Fogg no tenía excoriación alguna. Sus adversarios se encontraban fuera de servicio. Una hora más tarde, los tres compañeros se hallaban reunidos en su hotel. Fix se ensombreció de repente. Se enteró de que Passepartout se reía con entusiasmo, y supo por la señora Aouda que Fix cumplía su palabra de serle útil con sinceridad.

A las seis menos cuarto los viajeros llegaron a la estación y se instalaron en un buen despacho a partir.

En aquel entonces se necesitaban seis meses para ir de Nueva York a San Francisco. Casi no se pasaba por más de una ciudad. Nueva York y San Francisco se encuentran unidas por una vía férrea llamada “Pacific rail-road”, que cruza una media de mil seiscientos ochenta y seis millas y reúne las antiguas terminaciones occidentales a todo lo largo de su recorrido, de los estados de Iowa, Kansas, Colorado y más allá, para detrás Omaha —la ciudad de los mormones—, llega a Nueva York—bordea la orilla izquierda del río Platte, tuerce por los valles o elevadas tierras de Laramie y los montes Wasatch, rodea el lago salado y llega a Salt Lake City, la capital de los mormones, atraviesa el valle de Tulear, después de cruzar el desierto americano, los montes Cedar y Humboldt, el Humboldt, la Sierra Nevada, y finalmente, por Sacramento hasta el Pacífico.

Así es esa larga arteria que los trenes recorren en sentido único, y que iba a permitir al honorable Phileas Fogg el —que no se le esperaba él— tomar, el día 11, en Nueva York, el buque a Liverpool.

El vagón ocupado por Phileas Fogg era una especie de largo ómnibus en cuyo interior no había compartimientos, sino dos filas de asientos a cada lado. A todo lo largo del tren, los vagones se comunicaban entre sí por pasarelas, y los pasajeros podían circular de uno a otro extremo del convoy; y hasta no faltaba un vagón teatro, salón, terraza, restaurante y café. Tan solo por las pasarelas circulaban incesantemente vendedores de libros y periódicos y comestibles ofreciendo sus mercancías de una manera casi de compradores.

Los viajeros salieron de la estación de Oakland a las seis de la tarde. Una hora después comenzó a nevar; era una nieve muy fina que no podía, afortunadamente, retrasar la marcha del tren. Ya no se veía a través de las ventanillas más que un inmenso manto blanco.

A las ocho, entró un mozo en el vagón y anunció a los viajeros que había llegado la hora de acostarse. Aquel vagón era un coche-dormitorio, y, en pocos minutos, los asientos se transformaron en camas.

El territorio que se extiende entre San Francisco y Sacramento es en terreno poco accidentado. El ferrocarril pasa por la ciudad en sus anchas calles, ni los palacios ni los templos de las ciudades.

Al salir de Sacramento, el tren, después de haber pasado por las estaciones de Junction, Roclin, Auburn y Colfax, se internó en el macizo de Sierra Nevada. Eran las siete de la mañana cuando pasó por Cisco. Una hora más tarde, el dormitorio se hallaba convertido, de nuevo, en vagón ordinario; y los viajeros pudieron distinguir el pintoresco paisaje de aquel país montañoso.

Hacia las nueve, el tren penetró por el valle de Carson en el estado de Nevada, siguiendo siempre la dirección nordeste. Al mediodía llegó a Reno, donde los viajeros dispusieron de veinte minutos para almorzar.

Desde aquel punto, la vía férrea, bordeando el río Humboldt, siguió durante unas cuantas millas hacia el norte, para torcer luego bruscamente al este, en dirección a los grandes desfiladeros de Humboldt-Rangs.

De vez en cuando, una gran manada de bisontes se divisaba a lo lejos, cobrando la apariencia de una duna móvil. Aquellos inmensos animales no rumiantes opinaban, con entera razón, que eran dueños de los llanos inmensos. Aquellas manadas, de varios millares de cabezas, representaban un obstáculo en aquella ocasión. Hacía las tres de la tarde, una manada de diez a doce mil cabezas interceptó la vía férrea. La locomotora estuvo obligada a detenerse frente al muro viviente. Recuérdese que se les da a las bestias el nombre que nos llaman impropriamente los americanos: —carnes con patas—. Los bisontes mugían monótonamente, en ocasiones, formidablemente. Los pasajeros, distribuidos sobre las pasarelas, contemplaban aquel curioso fenómeno. Phileas Fogg, siguió en su asiento, esperando filosóficamente que los búfalos tuviesen el capricho de retirarse.

El maquinista ni siquiera intentó salvar aquel obstáculo, y había obrado con toda prudencia. El desfile de los bisontes duró tres largas horas, y la vía no se encontró libre hasta el anochecer. Eran las ocho de la noche cuando el tren cruzó los desfiladeros de los Humboldt-Rangs, y a las nueve y media se detenía en el territorio de Utah, la región del gran lago Salado, el curioso país de los mormones.

En la estación de Elko, subió al tren un hombre de alta estatura, vestido de negro, con sombrero negro de seda, corbata blanca y guantes de piel de perro. Parecía un reverendo. Passepartout lo vio pegar en la puerta de cada uno de los vagones unas notas que indicaban que el honorable William Hitch, misionero mormón, daría una conferencia sobre mormonismo en el vagón número 117. "Iré, sin duda" —se dijo Passepartout, quien conocía del mormonismo sólo sus costumbres polígamas, base de la sociedad mormona.

A la hora fijada, Passepartout se encontraba en la primera fila de fieles. Ni su amo ni Fix se molestaron en acudir. El honorable Hitch se levantó y dijo con voz áspera:

—Yo os digo que Joe Smith es un mártir, que su hermano Hyrum es un mártir, y que las persecuciones del gobierno de la Unión contra los profetas van a convertir, también, a Brigham Young en un mártir. ¿Hay alguien que se atreva a sostener lo contrario?

Nadie se atrevió a contradecir al misionero. Su rudeza explicaba por qué en esos momentos los mormones estaban siendo sometidos a duras pruebas. Se los había contestado en Utah, les habían pasado bajo las leyes de la Unión después de haber encarcelado a Brigham Young; acusado de rebelión.

El reverendo siguió contando con voz apasionada como una profeta mormona de la tribu de los Roched fue lanzada de la nueva religión, y después los llevó a su hijo Moroni: cómo, muchos siglos después, Joseph Smith, hijo de granjero, traducía aquel precioso libro con caracteres egipcios y se revelaba como profeta místico en 1825. El auditorio escuchaba, algunos oyentes poco interesados por aquella lectura retrospectiva abandonaron el vagón. William Hitch prosiguió relatando la historia de la fundación de la religión de los Santos de los Últimos Días, la edificación de una ciudad en Kirtland y cómo se construyó un templo. Para entonces el público era muy reducido, pero el reverendo no le prestó atención y continuó en Aledo, el martirio de los primeros Smiths se convirtió en Endasa y, en 1843 presentó su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos para ser finalmente asesinado por una banda de hombres enmascarados, último oyente de la conferencia, Passepartout acudió.

Fogg, más tarde o temprano, le exigiría explicaciones por su conducta. Obviamente, sólo el azar había llevado hasta aquel tren al coronel Proctor: en fin, allí estaba, y era necesario anticiparse a toda cosa que Phileas Fogg viera a su adversario.

Cuando el tren emprendió la marcha, la señora Aouda, aprovechando que Phileas Fogg estaba absorto en su asiento, puso al tanto de la situación a Fix y a Passepartout, quienes coincidieron en evitarle al señor Fogg el menor enfrentamiento. Después Passepartout, encontrándose solo con el inspector, le preguntó:

—¿Realmente reemplazará usted en su lugar?

—Haré todo lo posible por llevarlo vivo a Europa —respondió simplemente Fix.

Passepartout sintió como un escalofrío recorrer el cuerpo, pero las convicciones hacia su amo permanecieron inalterables.

Muy pronto Fix encontró la manera de mantener ocupado al señor Fogg, cuando pudo organizar una partida de whist con la señora Aouda, quien conocía el juego tanto como el inglés. El inspector podía pasar por un buen jugador... de modo que la victoria de Phileas Fogg estaba asegurada.

Corre la locomotora y los coches comienzan la travesía de las Montañas Rocosas. Ya no nevaba. La nieve caída sobre la máquina férrea se sacó por medio de un limpiador. Era el desierto de las Grandes Llanuras. Se internaban en la sección oriental de las montañas, y desde los últimos fuertes sitiados en el río Arkansas ya no se le dio más a la vista. La señora Aouda y Fix, permaneciendo siempre en la baja del tren, pero este lo ignoraba el señor Phileas.

—¿Vamos y a ver de qué se trata?

Y a la vez que encontró al maquinista y al revisor discutían sobre el puente de tabloncillos carcomidos variado de Medicine-Bow, la estación más cercana, y que, en consecuencia, el tren, con ese alegato singular insidencia, entre ellos, el coronel Proctor.

Passepartout volvió y consultó con el guardavía:

—No se puede pasar. El puente de Medicine-Bow está que tambalea, y no soportaría el peso del tren.

Efectivamente, el puente tenía los cabales rotos y era totalmente imposible atravesarlo. Pero el coronel Proctor se encontraba en tren de los caminos y sintió tener que tranquilizar al revisor que venía en tren de Omaha que recogería a los pasajeros en la estación de Medicine-Bow, al otro del río, después de sólo quince millas. El descontento era general, los pasajeros no se resignaban por la llanura nevada. Passepartout se mantenía en los rieles deslizantes. Estaba claro entonces que los billetes de su amo no impedían solución.

Sin embargo, el maquinista del tren —un auténtico yanki.

llamado Forster- anunció elevando el tono de su voz.

—Señores, tal vez exista un medio para pasar el puente.

—¿Con el tren? -preguntó el coronel.

—Con el tren.

—¡Pero el puente está a punto de hundirse! -exclamó el revisor.

—No importa -respondió Forster-. Creo que, si nos lanzamos con el tren a toda marcha, tendremos algunas posibilidades de atravesar el puente.

Inmediatamente un cierto número de viajeros quedaron seducidos por la propuesta. Al coronel Proctor le complacía muy especialmente. Aquel necio encontró el proyecto muy realizable. Recordó incluso que los ingenieros de cierto tiempo tuvieron la idea de atravesar los ríos “sin puentes” con trenes rígidos lanzados a toda velocidad, etc.

Passepartout estaba estupefacto, pues, aunque se lo achacaba dispuesto a todo con tal de cruzar el Medicine-Creek, aquella tentativa le parecía demasiado “americana”.

—¡Al tren! ¡Al tren! -gritó el revisor.

—¡Sí! ¡Al tren! ¡Y rápido! -gritaban los pasajeros.

Passepartout ocupó su asiento sin decir nada de lo que había ocurrido. Los jugadores estaban ensimismados en el whist.

La locomotora silbó poderosamente. El maquinista invirtió el vapor, dio marcha atrás durante casi una milla, retrocediendo como un atleta que toma carrer impulso. Después, lanzando un nuevo silbido, reemprendió

la marcha hacia el puente. Aceleró, y muy pronto la velocidad se hizo espantosa: no se escuchaba más que un doble gemido sibilante cuando las ruedas revolvían como si en el

eje de las ruedas humeaban en sus cajas de engrase; se sentía, por decirlo así, que el tren, con la velocidad de un proyectil, iba a pasar sobre los rieles. La velocidad redoblaban por la gravedad. ¡Y él pasó! Fue como un relampagueo militarizado a lo largo de una orilla a otra, y era tal el impulso que llevaba, que el maquinista no pudo frenar el convoy hasta cinco millas más allá del puente. Se despojó con asombro bien cruzado el río.

¡Un espeluznante sobre la corriente del Medicine-Bow!

El tren había cruzado el tren y continuó su ruta sin dificultades, y alcanzó el paso de Cheyenne y llegó al paso de los ebufalos. En el entroncado de empalme hacia Denver City, la principal ciudad del Colorado. En aquel momento llevaban recorridas mil trescientas ochenta y dos millas desde la salida de San Francisco, en tres días y tres noches. De acuerdo a las previsiones, bastaría con otras cuatro noches y otros cuatro días para llegar a Nueva York. Phileas Fogg seguía, por tanto, dentro de los límites reglamentarios.

A las nueve llegaron a la importante ciudad de North-Platte, edificada entre los dos brazos del gran río Platte, cuyas aguas se confunden con las del Missouri un poco más adelante.

El señor Fogg y sus compañeros reanudaron el juego. Nadie se quejaba de la duración del viaje. Fix empezaba ganando a perder. Durante la mañana, la suerte favorecía especialmente a Phileas Fogg. Los triunfos llovían a raudales sobre su colchón, detrás de su asiento, se escuchó una voz profunda y sonora de insolencia que decía:

—Yo jugaría carros...

El coronel Proctor se encontraba frente a ellos. Inmediatamente se reconocieron. La señora Aouda se puso pálida y cogió del brazo a Phileas Fogg, pero este la rechazó suavemente. A su vez, Fix se levantó y exigió al coronel una reparación por haberlo insultado y golpeado.

—Señor Fix —dijo Phileas Fogg—, le ruego que me disculpe. Este asunto solo me concierne a mí. Al pretender que me equivocaba jugando piezas, el coronel me ha ofendido de nuevo y, por tanto, tendré que darle una nueva indemnización.

—Cuando usted quiera y donde usted quiera —respondió el americano—. Y con el arma que usted quiera.

—Señor —dijo cortésmente Phileas Fogg—, después de nuestro encuentro en San Francisco, y una vez que hubiese terminado con los asuntos que me atañen en Londres, estaba dispuesto a regresar a América para encontrarme con usted.

—¡No me diga!

—¿Quiere usted citarse conmigo para dentro de seis meses?

—¿Y por qué no dentro de seis años?

—He dicho seis meses —respondió el señor Fogg—, y puntual a la cita.

—¡Eso no es más que un pretexto! —exclamó Proctor—. ¡Ahora o nunca!

—Como usted quiera —respondió Phileas Fogg—. ¿Va usted a Nueva York?

—No.

—¿A Chicago?

—¡No le importa! ¿Conoce Plum-Creek?

—No —respondió Phileas Fogg.

—Es la próxima estación. El tren llegará allí dentro de una hora. Se detendrá diez minutos. En diez minutos podremos batirnos a dos pasos de revólver.

—¡Me detendré en Plum-Creek! —dijo Phileas Fogg.

—Me detendré yo de quedar —añadió el americano, con una insolencia sin igual.

—Muy bien —respondió el señor Fogg, y regresó a su vagón en firme como de costumbre.

Allí, el gentleman empezó por tranquilizar a la señora Aouda. Después rogó a Fix que le sirviese de testigo en el encuentro. Fix no pudo negarse, y Phileas Fogg reanudó tranquilamente su interrumpido juego, jugando piezas con una imperturbable sangre fría.

A las once el silbido de la locomotora anunció la proximidad de la estación de Plum-Creek. Cuando Phileas Fogg, el coronel Proctor y los testigos iban a descender, el revisor les advirtió que diez minutos antes uno de los laterales de la línea les impedía detenerse. El coronel Proctor protestó violentamente y el revisor le ofreció, entonces, la posibilidad de maniobrar.

“Decididamente estamos en América —pensó Passepartout— y este revisor del tren debe ser todo un hombre de carácter.”

Los dos adversarios y sus testigos, precedidos de dos mozos, pasaron hasta el último vagón que no estaba ocupado más que por una docena de viajeros. Estos cedieron el lugar de inmediato, y dos caballeros ventilaron sus cuestiones de honor.

El señor Fogg y el coronel Proctor, provistos cada cual de dos revólveres de seis tiros, entraron en el vagón. Sus testigos permanecieron fuera y les cerraron las puertas. Al primer silbido de la locomotora deberían iniciar el fuego... Después, tras un lapso de dos minutos, retirarían del vagón lo antes posible a uno de ambos hombres.

Realmente nada sería más fácil que aquello. Estaban esperando el silbido convenido, cuando de pronto resonaron unos gritos salvajes. Se oían silbidos y descargas de detonaciones, pero no procedían del vagón de los duelistas. Se oyeron gritos, el crujir del hierro al entre el convoy. El coronel Proctor y el señor Fogg, empuñando sus revólveres, salieron del vagón comprendiendo inmediatamente que el tren estaba siendo atacado por una banda de indios sioux.

Al principio éstos se lanzaron sobre la locomotora. El maquinista y el fogonero quedaron aturdidos a golpes. Un jefe sioux quiso parar el tren, pero, sin saber manejar la palanca del regulador, abrió generosamente la introducción del vapor en lugar de cerrarla, y la locomotora se lanzó a toda velocidad espantosa.

Al mismo tiempo, los sioux invadieron los vagones derribando las puertas y luchando cuerpo a cuerpo con los viajeros. El guardián de los coches cerraba el equipaje fue forzado y saqueado, y los bultos lanzados sobre la vía. Los viajeros se defendían con valor. La señora Aouda, revolver en mano, se defendía heroicamente disparando a través de las destrozadas ventanillas cuando un salvaje se le acercaba.

Una de esas ventanillas atravesadas por las balas y los golpes, cayó sobre ella gravemente.

Sin embargo, era imprescindible que aquello finalizase pronto. La estación del fuerte Kearney se encontraba a menos de diez millas de distancia.

El revisor se batía al lado del señor Fogg, cuando una bala lo derribó. Al caer, aquel hombre gritó: —¡Si el tren no se detiene en cinco minutos, estamos perdidos! —¡Se detendrá! —dijo Phileas Fogg. —¿Qué dice aquí, señor —le gritó Passepartout—? ¡Eso es suicidio!

El valeroso muchacho logró meterse bajo el vagón y andando rápidamente avanzó, alcanzando así la cabeza del tren. No le he visto, ni podría haberlo sido. Pero logró descender por debajo del vagón que rezagado, y finalmente paró el tren a la entrada de la estación Kearney, mientras la locomotora se lanzaba en gran velocidad.

La banda huyó sabiendo de que llegarían los soldados. Pero cuando se llevó a cabo el recuento de los viajeros pudo comprobarse que varios de ellos no respondían a las llamadas, entre otros, el valeroso francés, cuya abnegación acababa de salvarles.

—¿Murieron en la lucha? ¿Se encuentran prisioneros de los sioux? Aún no podía saberse. Los heridos eran numerosos. Uno de los más graves era el coronel Proctor, al que le alcanzó una bala en la ingle.

La señora Aouda se encontraba ilesa. Phileas Fogg, que no se había cuidado demasiado de sí mismo, no tenía ni un solo rasguño. Fix estaba herido en un brazo, una herida sin importancia. Pero faltaba Passepartout, y las lágrimas corrían del señor Fogg.

El señor Fogg, con los brazos cruzados, estaba inmóvil. Debía tomar una grave decisión. La señora Aouda, cerca de él, lo miraba sin pronunciar una palabra... Comprendió aquella mirada.

—Lo encontraré vivo o muerto —dijo sencillamente a la señora Aouda.

Con aquella resolución, Phileas Fogg acababa de sacrificarlo todo. Acababa de firmar su ruina total. Un solo día de retraso le haría perder

la nave en Nueva York. Su apuesta estaba, pues, inexorablemente perdida. Pero, ante la idea de que aquello “era su deber”, no lo dudó.

El agente que mandaba el fuerte Kearney discutió con el señor Fogg la insensata idea de salir en persecución de los indios por un territorio sin límites, pero el gentleman terminó por emocionar al tercio capitán, que le facilitó un destacamento de treinta soldados voluntarios y un sargento.

—¿Me permite que le acompañe? —preguntó Fix a Phileas Fogg.

—Haga lo que usted guste, señor —le respondió el gentleman—, pero si quiere hacerme un favor, quédese con la señora Aouda. En el caso de que me ocurra una desgracia...

El policía se puso pálido. Se separaba del hombre que había perseguido paso a paso. Unos minutos después el señor Fogg se despedía sin antes prometer una recompensa de mil libras a los soldados. Eran las doce y algunos minutos.

Fix comprendió entonces que había cometido una estupidez al dejarlo marchar. Sin duda Passepartout se lo había contado todo. Volvía a ser el mismo inspector desconfiado, y el desaliento terminó por abatirlo. Ya no sabía qué hacer. Sintió un irresistible deseo de abandonar la partida y pronto tuvo la oportunidad cuando el rencor de la nieve que caía abundantemente apareció el resplandor rojizo de la locomotora extraviada que volvía con el maquinista y el fogonero recuperados de su inconsciencia.

Para los viajeros fue una gran satisfacción cuando vieron a la locomotora devolverse y engancharse otra vez a la cabeza del tren. La señora Aouda se dirigió a ver al conductor, y no podía creer que el tren reanudara su camino sin varios de sus pasajeros, pero el reviste le confirmó tristemente: llevaba tres horas de atraso.

Fix escuchó toda la conversación y decidió el sustento de su vida. No respondió a Phileas Fogg cuando este le preguntó por la señora Aouda. Entonces vieron que Passepartout no se encontraba fuera del tren junto a ella. La coleta del francés lo ahogaba. Quería hasta reír con lágrimas.

Los heridos fueron acomodados en el tren, entre ellos el coronel Proctor. El maquinista hizo sonar su silbato, el tren se puso en marcha y pronto desapareció. El inspector se había quedado.

El tiempo empeoró. A pesar de la nevisca la señora Aouda salía al andén e intentaba mirar entre la bruma. El capitán se veía preocupado. Al anoecer el equipo de soldados no regresaba aún. La señora Aouda permanecía dentro de la con el coronel reconocido por la gran herida en el muslo, llena de terribles presagios. Fix, sentado, parecía dormido. Pero no dormía.

A las siete de la mañana, el capitán, totalmente inquieto, no sabía qué decisión tomar. Entonces observaron llegar la tropa que regresaba en formación. El señor Fogg iba en cabeza, cerca de él Passepartout y los otros dos viajeros rescatados de manos de los sioux.

La señora Aouda temblaba cuando tomó la mano de Phileas Fogg entre las suyas sin poder articular una palabra.

A pesar de su calma proverbial, Phileas Fogg llevaba un retraso de veinte horas. Passepartout, causa involuntaria de aquella pérdida de tiempo, estaba desesperado. Fix se acercó al señor Fogg y le preguntó:

—¿Si su viaje no se hubiera interrumpido por ese ataque de los indios, habría llegado usted a Nueva York el día 11 por la mañana?

—Sí. Doce horas antes de la salida del barco.

—Lleva usted veinte horas de retraso. De doce a veinte son ocho horas que hay que recuperar. ¿Quiere usted intentarlo? Me han ofrecido un trineo a vela.

El señor Fogg fue a examinar aquel curioso vehículo en el que podían viajar cuatro o cinco personas. Llevaba mástil, proa, popa, también una especie de timón-espaldilla.

En unos instantes se concertó un acuerdo entre el señor Fogg y el patrón de aquella curiosa embarcación de tiras, Mudge.

El viento era bueno y favorable y la nieve estaba endurecida. El patrón, creía poder llevar, al señor Fogg y sus acompañantes, en unas cuantas

horas hasta la ciudad de Omaha, desde donde partían trenes con mucha frecuencia hacia Chicago y Nueva York.

El señor Fogg no quiso exponer a la señora Aouda a las torturas de una travesía al aire libre y le propuso que se quedase en la estación de Kearney, cuidada de Passepartout, quien la llevaría a Europa por una ruta más segura. La señora Aouda se negó a separarse del señor Fogg.

¡A los coches el trineo se puso en movimiento! ¡Qué travesía! Los viajeros, arrellanados unos contra los otros no podían hablarse. El frío interrumpido por la velocidad les cortaba la palabra. El trineo se deslizaba en medio de una armonía quejumbrosa muy particular.

—¡Si no se rompe nada –gritó Mudge–, llegaremos!

Mientras los pasajeros se entregaban a sus propias meditaciones el trineo volaba sobre el inmenso tapiz de Little y grandes ríos llamados creeks o afluentes del río Little. Se pasaban sin darse ni cuenta. Todo era una blanca llanura ondulante, no se notaba como temblaba algún árbol seco. Pocos después que Mudge reconociera que iban pasando por el río Platte se avistaron los techos nevados de Omaha.

Habían llegado. El señor Fogg pagó generosamente a Mudge como de costumbre y con su gente dirigieron a estación. Un tren directo hacia Chicago estaba a punto de partir y Phileas Fogg y sus compañeros apenas tuvieron tiempo de instalarse en un vagón.

El tren pasó con gran rapidez por el estado de Iowa. Durante la noche atravesó el Mississippi por Davenport y penetró en el estado de Illinois por Rock-Island. Al día 10, a las cuatro de la tarde, llegaron a Chicago que es una de las más hermosas que los americanos se enorgullecen.

En Chicago había abundancia de trenes así es que Phileas Fogg saltó inmediatamente en un tren de vía directa y recorrieron las novecientas millas de Chicago a Nueva York.

El 11 de diciembre, a las once y cuarto de la noche en setenta y cinco en la estación sobre el Hudson porque, en dirección a Liverpool, había zarpado cuarenta y cinco minutos antes.

Haber perdido el navío por cuarenta y cinco minutos espantó a Passepartout, él tenía la culpa y no dejaba de decirse a sí mismo. Sin

embargo, el señor Fogg no le hizo reproche alguno y se limitó a sugerir que había que descansar por aquella noche. Al día siguiente era 12 de diciembre. El señor Fogg se dirigió muy temprano a los muelles del Hudson y buscó detenidamente entre los vapores dispuestos a zarpar alguno que le conviniese, pero la mayoría eran barcos a vela. Entonces, conocía ya creía fracasado su plan, se enteró de que entre la Batería, el *Henrietta*, y hasta allá se dirigió.

Era este barco de carga propulsado por un hélice y su capitán, Andrew Speedy —un hombre grosero y colerado—, nada quería saber del género humano. El *Henrietta* viajaba a Burdeos y no cambiaba su ruta, ni se alquilaba, ni se vendía. Phileas Fogg no se dio por vencido ante tal terco capitán.

—¿Está bien? ¿Quiere llevarnos a Burdeos?
—No. Aunque me pagara usted doscientos dólares.
—Le ofrezco dos mil por persona y dos mil al capitán.

El capitán Speedy se rascó la cabeza como si hubiese querido arrancarse la epidermis. Una pasajera de dos mil dólares no son pasajeros, sino una mercadería preciosa.

—Zarpa a las nueve —dijo simplemente Speedy.
—A las nueve nos encontraremos a bordo —respondió el señor Fogg.

Cuando Passepartout se enteró de lo que costaría esta nueva travesía, lanzó uno de esos: «¡Oh!» prolongados que recorren todos los intervalos de la gama cromática descendente. Una hora después el vapor *Henrietta* saltaba a alta mar.

Al día siguiente, 13 de diciembre, al mediodía, un hombre subió al puente para tomar el mando. Sin duda alguien se hacía pasar por el capitán Speedy. Pues no. Era Phileas Fogg, esquire.

En cuanto al capitán Speedy, se hallaba encerrado bajo llave en su camarote, y lanzaba aullidos que eran, por otro lado, perfectamente comprensibles.

Lo ocurrido es que, según parece, Phileas Fogg quería ir a Liverpool y el capitán no quería llevarlo allí. Así es que Phileas Fogg embarcó con un billete de dos mil dólares, le llevaba a bordo, estuvo persuadiendo al

capitán y se unió a una tripulación a la que no se llevaba demasiado bien con su capitán. Fue así como Phileas Fogg se hizo cargo del barco. En efecto, el capitán se encontraba encerrado en su camarote, y como finalmente el *Henrietta* se dirigía a Liverpool. Y rote, eso resultaba evidente al ver maniobrar al señor Fogg, es que el señor Fogg era el rey de mar.

Cómo acabaría aquella aventura, ya lo sabremos más adelante. No obstante, la señora Aouda, aunque no estaba tan entusiasmada como Passepartout, encontraba que su actuación era sencillamente admirable. La última etapa le entusiasmaba. Por otro lado, Fix no entendía nada de todo aquello. La conducta de Phileas Fogg le parecía incomprensible. Aquel Fogg maniobrando como un marino consumado, en su conjunto de cosas lo aturdió. Ya no sabía qué pensar. En cuanto al capitán Speedy, continuaba aullando.

El día 13 doblaron la cola del banco de Terranova. Malos parajes aquellos. Sobre todo durante el invierno; las brumas eran muy frecuentes y los vientos terribles. Y en efecto, durante la noche la marea tocó la temperatura, el frío se hizo más intenso, e incluso el viento cambió del sureste.

Era un serio contratiempo. El señor Fogg, para no apartarse de su ruta, se vio obligado a recoger las velas y a forzar las máquinas. Sin embargo, la marcha del navío disminuyó a causa del estado del mar. Poco a poco la brisa iba haciéndose huracanada, y se temía incluso que el *Henrietta* no pudiese mantenerse a flote. El semblante de Passepartout se oscureció al mismo tiempo que el cielo, y durante dos días el buen muchacho se sintió mortalmente angustiado. Pero Phileas Fogg era un marino audaz que mantuvo el rumbo inmóvil sin reducir la presión del vapor.

El 16 de diciembre, el *Henrietta* no llevaba un retraso todavía inquietante. Sin embargo, Passepartout supo que algo grave ocurría cuando vio al maquinista subir a cubierta. Efectivamente, el barco se quedaba sin carbón y el flemático gentleman debía tomar una decisión. Passepartout, habiéndose encontrado con Fix, lo puso al corriente de la situación.

—Entonces, ¿usted cree que vamos realmente a Liverpool? —le preguntó el agente.

—Naturalmente.

—¡Imbécil! —respondió el detective entre dientes.

Con mucha calma, Phileas Fogg ordenó avivar las calderas para que el navío prosiguiera toda la mañana. Luego con igual calma ordenó traer al capitán Speedy, quien llegó sofocado por las palabras.

—¡Pirata! ¡Escoria marina!

—Sócrat —decía Phileas Fogg—, quiero rogarle que me venda su barco.

—¡Por mil demonios! ¡No!

—Es que voy a verme obligado a quemarlo.

—¿Quemar mi barco, que vale cincuenta mil dólares?

—Tome, aquí tiene usted sesenta mil —respondió el señor Fogg, pasándole un fajo de billetes de banco. Aquello produjo un efecto prodigioso sobre Andrew Speedy. No es de americanos si no se siente una viva emoción al recibir sesenta mil dólares. Tomó el fajo, pero también se aseguró para sí el casco y la maquinaria.

Passepartout estaba pálido y Fix estuvo a punto de sufrir una apoplejía. Llevaba el gentleman gastados más de cien mil libras y seguía regalando el barco. El capitán Speedy empezaba a interesarse en el señor Fogg y su extraña empresa: llegar a Londres el 21 de diciembre y no perder veinte mil libras.

Durante día y noche ardieron, para mantener la presión, los camarotes, algunos muebles, pedazos del suelo, la toldilla, y todo lo que pudo destrozarse a hachazos. El día 20 de diciembre, el fogón devoró los empalletados, la obra muerta y la mayor parte del puente. Esa noche avistaron la costa de Irlanda, pero a Phileas Fogg ya no le quedaban más que veinticuatro horas para llegar a Londres y se le acababa el vapor.

El audaz gentleman resolvió entonces desembarcar en Queenstown, puerto irlandés, cuyas aguas les frenó el viento, y tomar un expreso hacia Dublín. Pero los viajeros solamente pudieron correr tierra por la madrugada, con la marea baja, y después de dejar al capitán Speedy, subieron a un tren expreso y llegó en Dublín al amanecer.

Era lunes 21 de diciembre. Phileas Fogg, que navegaba desde Dublín, desembarcó por fin sobre los muelles de Liverpool. Ya no estaba a más de seis horas de Londres. Fue entonces cuando Fix se le acercó y le mostró su orden de detención.

—¿Es usted Phileas Fogg? —dijo.

—Sí, señor.

—¡En nombre de la Reina, queda usted detenido! La señora Aouda, espantada, no comprendía nada. Passepartout, aterrado, porque se culpaba de haber ocultado la identidad de Fix, le explicó la situación. El señor Fogg estaba detenido, acusado de robo, y sólo la justicia podía deshacer ese enredo. Pero Phileas Fogg estaba tranquilo. ¿Conservaba alguna esperanza? ¿Seguía creyendo en el éxito, a pesar de que la puerta de la cárcel se había cerrado tras él? Fuera lo que fuese, el señor Fogg depositó cuidadosamente su reloj sobre una y miraba con atención la marcha de sus agujas.

Sonaron las dos en el reloj de la Custom-house. El señor Fogg constató que el suyo adelantaba dos minutos exactos con respecto a aquel reloj.

A las dos treinta y tres sonó un ruido en el exterior. Se escuchó la voz de Passepartout, se oyó la voz de Fix. La mirada de Phileas Fogg brilló un instante. La puerta del puesto se abrió y vio a la señora Aouda, Passepartout y a Fix, que se precipitaban hacia él. —Señor —balbuceó el inspector—, un parecido lamentable... ladrón detenido hace tres días... usted... libre... ¡Phileas Fogg estaba libre! Se acercó al detective. Lo miró de frente, y, haciendo el único movimiento rápido que en su vida había hecho y que jamás volvería a hacer: golpeó con ambos puños al desdichado inspector de policía.

Eran las dos y cuarenta minutos cuando Phileas Fogg llegó a la estación. El expreso había salido treinta y cinco minutos antes. Phileas Fogg encargó entonces un tren especial. Lo armó con ambos puños el desdichado inspector de policía.

Necesitaban recorrer en cinco horas y media la distancia que separa Liverpool de Londres, cosa perfectamente factible cuando la vía está del todo libre. Pero hubo retrasos imprevistos, y cuando el gentleman llegó a la estación, estaban sonando los nueve golpes en todos los relojes de Londres.

Phileas Fogg, luego de haber realizado aquel viaje alrededor del mundo, llegaba con un atraso de cinco minutos...

Había perdido la apuesta.

A su llegada, los habitantes de Saville-row se hubieran sentido muy sorprendidos si alguien les hubiera afirmado que el señor Fogg se encontraba nuevamente en sus ventanas. No lo estaba porque sus puertas como su casa. No se percibía cambio alguno en el acostumbrada impassibilidad del gentleman.

El caballero recibía su triste suerte. ¿Estaba arruinado? Y todo del golpe que le asestó la suerte. ¡Estaba arruinado! Y todo por la conjura de un torpe inspector de policía. De la considerable suma que poseía no le quedaba más que un resto insignificante. Su fortuna no se componía más que de las veinte mil libras depositadas en el establecimiento de los hermanos Baring, y aquellas veinte mil libras ya eran de sus colegas del Reform-Club. De todos sus gastos efectuados, desde la apuesta no le hubiera enriquecido, y lo más probables es que tampoco él hubiera desembolsado la misma. Pero ya había tomado una resolución. Sabía lo que le quedaba por hacer.

Una habitación de la casa de Saville-row fue reservada para la señora Aouda. La joven estaba desesperada. Comprendía que su salvador Fogg meditaba un proyecto funesto. Es muy conocido hasta qué deplorables extremos se dejan llevar a veces los ingleses cuando se sienten obsesionados por una idea fija. Así es que Passepartout vigilaba con disimulo a su amo.

Pasó la noche. El señor Fogg se acostó, pero ¿durmió? En cuanto a la señora Aouda, no consiguió tener ni un solo instante de reposo. Y Passepartout pasó la noche en vela, como un perro a la puerta de su amo. Al día siguiente, el señor Fogg lo llamó. La señora Aouda tendría que perdonarle por no acompañarla en el desayuno y el almuerzo, pero

debía consagrar todo su tiempo a poner en orden sus asuntos. No bajaría. Sólo por la noche solicitaría a la señora que lo recibiese por unos instantes. Passepartout no tenía más remedio que aceptar el programa que le fue comunicado. Pero lleno de remordimientos, no pudo contenerse:

—¡Mi amo! ¡Malagrime! Ha sido por mi culpa por lo que...

—No acuso a nadie —respondió Phileas Fogg en el tono más tranquilo—. Váyase.

Durante aquella jornada del domingo, la casa de Saville-row permaneció como si se hubiese encontrado deshabitada, y por vez primera desde que vivía en aquella casa, Phileas Fogg no salió para el club cuando dieron las once y media en la torre del Parlamento.

Pero ¿por qué habría de presentarse el caballero en el Reform-Club? Sus colegas ya no le esperaban. Ni siquiera era necesario que se acercara a su banquero para recoger la suma de veinte mil libras. Sus adversarios tenían en sus manos un cheque firmado por él.

El señor Fogg no necesitaba, pues, salir. Permaneció en su habitación y puso en orden sus asuntos. Passepartout no cesaba de subir y bajar la escalera de la casa de Saville-row. Se paraba a cada paso en la puerta de la habitación de su amo, temeroso de que pudiera estar cometiendo la menor indiscreción. Miraba por el ojo de la cerradura, y se imaginaba que estaba en su perfecto derecho al hacerlo. A cada instante, Passepartout se temía una catástrofe.

Hacia las siete y media de la tarde, el señor Fogg solicitó ser recibido por la señora Aouda, e instantes más tarde, la joven y él se encontraban solos en aquella habitación.

—Señora —dijo Phileas Fogg, después de unos minutos de silencio—, ¿me permite usted saber por qué habría traído a Inglaterra?

—¿Yo, señor Fogg...? —respondió la señora Aouda, reprimiendo los latidos de su corazón.

—Le ruego que me permita acabar —prosiguió el señor Fogg—. Cuando se me ocurrió llevarla lejos de aquella comarca peligrosa para usted, era rico. Y contaba con poner una parte de mi fortuna a su disposición.

Su existencia habría sido feliz y libre. Ahora en cambio estoy arruinado. Sin embargo, no podría pensar por eso en su nombre lo poco que me queda.

—Pero, usted, señor Fogg, ¿qué será de usted?

—Yo, señora —respondió sin firmeza el gentleman—, no necesito nada.

—No tengo amigos ni familiares, señora.

—Entonces lo compadezco, señor Fogg, porque la soledad es algo muy triste. Sin embargo, sé que su vida se me haría compartida es mucho más soportable.

—Eso dicen, señora.

—Señor Fogg —dijo entonces la señora Aouda, levantándose y yendo una mano al caballero—, ¿quiere usted tener al mismo tiempo un familiar y una amiga? ¿Quiere usted hacerme su esposa?

Al oír aquello, el señor Fogg se levantó a su vez. Sus ojos tenían como un reflejo inhabitual, y sus labios algo así como un ligero temblor.

—¡Amo! —dijo simplemente—. Si en verdad, por todo lo que hay de más sagrado en este mundo, la amo, y soy todo suyo.

—¡Ah!... —exclamó la señora Aouda, llevándose la mano al corazón.

Llamaron a Passepartout, quien inmediatamente lo comprendió todo. El señor Fogg le preguntó si no sería demasiado tarde para solicitar al reverendo Samuel Wilson, de la parroquia de Mary-le-Bone, los recibiese el lunes al día siguiente.

Passepartout sonrió con la mejor de sus sonrisas.

—Nunca es demasiado tarde —dijo.

Eran las ocho y diez.

Es el momento de explicar qué ocurría con la opinión del Reino Unido. Phileas Fogg, una vez considerado como un criminal, aparecía ahora en los periódicos como el honorable caballero que realizaba matemáticamente su excéntrico viaje alrededor del mundo. Otra vez el nombre de Phileas Fogg se cotizaba en el mercado.

Aquel sábado por la tarde una gran muchedumbre obstruía Pall-Mall y las calles adyacentes. Se hubiese dicho que se trataba de una inmensa

concentración de corredores de bolsa permanentemente situada en las cercanías del Reform-Club.

Esa noche, los cinco colegas del caballero se encontraban reunidos desde hacía nueve horas en el gran salón del Reform-Club. Cuando el reloj del gran salón dio las ocho y veinticinco, Andrew Stuart se levantó, y dijo: —Señores, dentro de veinte minutos el plazo convenido entre el señor Phileas Fogg y nosotros habrá expirado. —Esperemos unos pocos minutos —respondió Samuel Fallentin—. Sabe ustedes perfectamente que nuestro colega es puntual en extremo y se presentará aquí en el último minuto, les aseguro que no me sorprendería en absoluto. —Ha perdido, señores —añadió Andrew Stuart—. Saben ustedes también que el *China*, el único buque de Nueva York que puede haber cogido para llegar a Liverpool la noche de ayer. Y aquí está la lista de los pasajeros que se encuentra en el *China*, y el nombre de Phileas Fogg no se encuentra en ella. —Está claro —respondió Gauthier Ralph—. Mañana tan sólo tendremos que presentarnos los hermanos Baring en cheques del señor Fogg.

En aquel momento una aguja marcaba las ocho y veintisiete minutos.

Hubo un minuto de silencio. El gran salón del club estaba tranquilo. Pero en el exterior se oía el clamor de la muchedumbre, dominando de vez en cuando por gritos agudos... El péndulo del reloj marcaba los segundos en una regularidad matemática.

—Las ocho y cuarenta y cuatro —dijo John Sullivan con un tono de voz en el que se notaba una emoción involuntaria.

Bastaba un minuto más y habrían ganado la apuesta. Ahora contaban los segundos. Al cuadragésimo segundo, no ocurrió nada. Al quincuagésimo, tampoco.

Al quincuagésimo séptimo segundo, la puerta del salón se abrió y apareció Phileas Fogg seguido de una multitud delirante.

—¡Aquí estoy, señores —dijo—! ¿Qué había ocurrido?

Se recordará que Passepartout había salido hacia la casa del reverendo Wilson para cumplir su encargo, y regresó corriendo como nunca se había visto correr a hombre alguno a la casa de Saville-row. No podía hablar y su rostro era espantosamente cianótico se precipitó en la habitación del señor Fogg para decirle que la boda no podía realizarse al día siguiente, porque el día siguiente no era lunes sino domingo. El señor Fogg no podía creer que fuese sábado, pero Passepartout cogió a su amo por el cuello y lo arrastró con una fuerza irresistible porque a pesar de que había llegado con veinticuatro horas de adelanto ya no le quedaban más de diez minutos para aparecerse en el Reform-club.

Phileas Fogg, conducido así, sin tiempo para reflexionar, salió de su casa, saltó a un coche, prometió cien libras al cochero y, después de atropellar a dos perros y de haber chocado cinco coches, llegó al lugar en donde lo esperaban.

¡Phileas Fogg había dado la vuelta al mundo en ochenta días!
¡Phileas Fogg ganó su apuesta de veinte mil libras!

Pero ¿cómo es posible que un hombre tan exacto, pudiera haber cometido el error de un día? La razón es muy sencilla. “Sin darse cuenta”, Phileas Fogg ganó un día sobre su itinerario, y eso porque había dado la vuelta al mundo yendo hacia el este, ya que si, por el contrario, hubiese ido hacia el oeste, habría perdido ese mismo día. Pues, avanzando hacia el este los días disminuyen en cuatro minutos por cada grado que se obtiene, dan exactamente veinticuatro horas. Y eso es lo que el famoso reloj de Passepartout que siguió conservando la hora de Londres hubiera podido constatar, si al mismo tiempo que los minutos y las horas, hubiese marcado los días.

De ese modo Phileas Fogg ganó su apuesta. El excéntrico caballero que había gastado mucho dinero durante el viaje, sólo lo recuperó con sus millares, las que perdió por el honrado Passepartout y el desgraciado Fix, a quien ya no recordaba. Eso sí, retuvo a su criado, por moderar, al precio de las mil novecientas veinte horas de gas que consumió la lámpara en Saville-Row por su culpa.

Aquella misma noche el señor Fogg, tan flemático como de costumbre, dijo a la señora Aouda:
—¿Continúa usted deseándome matrimonio, señora?

—Señor Fogg, yo soy quien debe preguntárselo. Estaba usted arruinado, ahora es rico...

—Perdóneme, señora. Esta fortuna le pertenece. Sin esta casaarnos, mi mano no habría advenido mi error.

La boda se llevó a cabo cuarenta y ocho horas más tarde y Passepartout fue testigo de la boda. ¿En el honor le que le correspondía por haberla salvado, no crees?

—Díganos pues, ¿ganó algo realmente con aquel viaje? ¿Díganos qué ganó? Nada, salvo una encantadora mujer, que por muy increíble que parezca, lo hizo el más feliz de los hombres.

"Y, en verdad, ¿no daríamos la vuelta al mundo por mucho menos que eso?"

